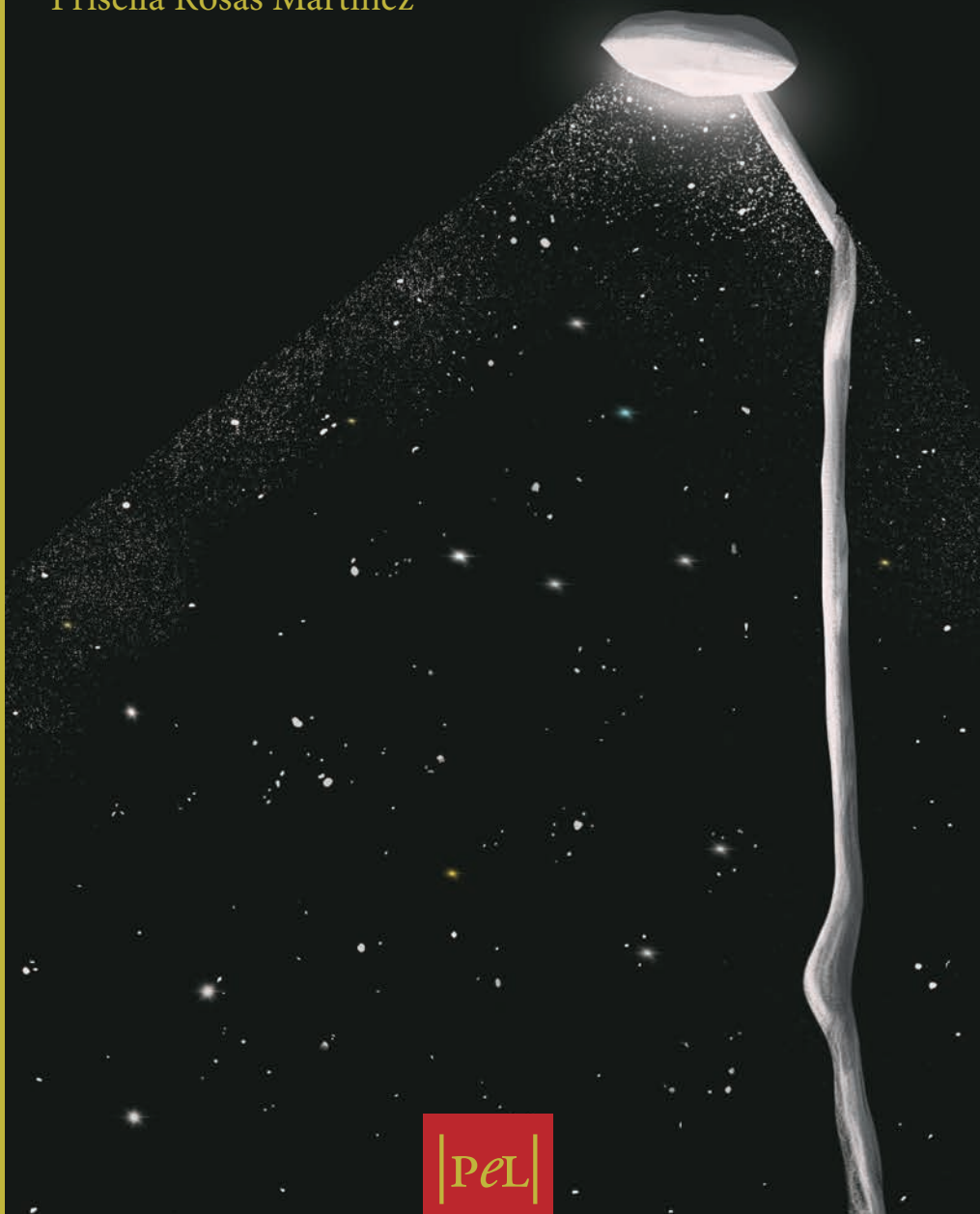


PREMIO ESTATAL DE LITERATURA | 2022 | Cuento |

Inevitable

Priscila Rosas Martínez



|PeL|

Inevitable



Priscila Rosas Martínez

|PeL|

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Marina del Pilar Ávila Olmeda

Gobernadora Constitucional del Estado de Baja California

Alma Delia Ábrego Ceballos

Secretaria de Cultura y Directora General
del Instituto de Cultura de Baja California

Antonio Espinosa Rivas

Subsecretario de Cultura y
Coordinador General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Francisco Javier Fernández Acévez

Director Editorial y de Fomento a la Lectura

Inevitable

D.R. © 2023 Priscila Rosas Martínez

D.R. © 2023 Instituto de Cultura de Baja California.
Av. Álvaro Obregón #1209, colonia Nueva,
Mexicali, Baja California, C.P. 21100

Primera edición, 2023.

ISBN de la versión impresa: 978-607-8661-31-2

Coordinación editorial: Elma Aurea Correa Neri

Diseño editorial: Rosa Espinoza

Corrección ortotipográfica: Néstor de J. Robles Gutiérrez

Ilustración de portada: Jocelyn Vázquez

Foto de la autora en solapas: Nayeli Bórquez Martínez

Jurado calificador: Gabriela Conde, Luis Gastélum y Luis Humberto Crosthwaite

Queda prohibida, sin la autorización expresa del autor y editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y tratamiento tipográfico.

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante autoridad competente.

PREMIO ESTATAL DE LITERATURA | 2022 | Cuento |

Inevitable



Priscila Rosas Martínez



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Cultura de Baja California

PRESENTACIÓN

En sus 33 años de historia, los Premios Estatales de Literatura han sido un semillero para el talento emergente de las letras en Baja California. También han fungido como espacio para el desarrollo de la trayectoria artística de más de 70 personas premiadas y publicadas.

En este largo periodo, Baja California evolucionó en muchos sentidos. Hemos sido testigos del acelerado dinamismo social, cultural, político y económico de nuestra sociedad fronteriza en la última década del siglo xx y las primeras dos del siglo xxi, en que pasamos de tener cuatro municipios (Ensenada, Mexicali, Tecate y Tijuana) a un total de siete, con la fundación de Playas de Rosarito en 1995, San Quintín en 2020 y el más reciente, San Felipe, en 2021. A su vez, el ámbito literario sufrió una transformación importante, con la aparición de escuelas de artes y literatura, así como de múltiples medios impresos y digitales que abonaron al florecimiento de los géneros literarios, tanto en foros oficiales como en una rica tradición de editoriales y escenas independientes.

Poco a poco se volvió común ver en presentaciones editoriales y en mesas de lectura a mujeres y hombres de distintas generaciones, con un pulso diverso en perfiles, inquietudes e intereses, que compartían, sin embargo, la poderosa experien-

cia de ser y vivir en la frontera. El gremio literario en Baja California ganó notoriedad en una vasta gama de quehaceres, desde la labor periodística a la tenacidad de la poesía, pasando por la intensa voz de la dramaturgia y el aliento de la narrativa, con presencia en revistas, libros, antologías, fanzines y blogs.

Una ojeada en perspectiva nos permite descubrir el notable esfuerzo de profesionalización en las habilidades literarias y la búsqueda de espacios para la manifestación de las artes y la literatura, con un aumento en el roce entre pares en eventos locales, regionales y también fuera de nuestra latitud. Existen casos de quienes, de manera posterior o paralela a obtener uno o más de los Premios Estatales de Literatura, crecieron en el aprecio de los lectores para trascender en la escena nacional y, en algunos casos, internacional.

Al encabezar el proyecto cultural que hoy nos ocupa, con el impulso y liderazgo de nuestra Gobernadora del Estado, Marina del Pilar Ávila Olmeda, tuvimos clara la necesidad de replantear las condiciones de los Premios Estatales de Literatura, no solo para poner al día asuntos incumplidos de administraciones previas, sino para responder a la exigencia de los tiempos y forjar un renovado prestigio del certamen en el mediano y largo plazo. La ilusión sigue intacta: queremos tener en nuestras manos obras literarias de calidad, bien editadas, con una política amplia e inclusiva de distribución para llegar a una gran cantidad de lectores.

Como primer paso, se tomó la determinación de incrementar la bolsa individual que se mantuvo por décadas, pasando de 25 mil pesos a 40 mil pesos en todas las categorías. Asimismo, a partir de la edición 2022-2023 se integró a las ocho categorías existentes la de crónica, para alentar la producción de esta manifestación literaria que captura la expresión de los acontecimientos y la vida cotidiana en nuestros tiempos. Cabe mencionar que, en la contienda inicial, la categoría de crónica fue declarada desierta, lo que derivó en

talleres especializados para detonar la habilidad técnica y el entusiasmo en la escritura de este género. De igual manera, apostamos por el diseño editorial como elemento crítico en la elaboración de los títulos, para contar con obras en formato digital e impreso y dar vida al objeto que tanto nos atañe e inspira: el libro.

El fallo de la presente edición, que da lugar a la colección que integra el presente libro, favoreció a cuatro mujeres y a tres hombres. Es alentador saber que seis de las siete obras corresponden a nuevas voces, siendo en algunos casos su primer libro publicado.

En la categoría de cuento, el jurado describió así los méritos de la obra ganadora *Inevitable*, de Priscila Rosas Martínez:

La destreza de la prosa consigue crear una atmósfera de intimidad, que traslada al lector a momentos narrativos entrañables. Hay una consistencia en la calidad literaria, con personajes creíbles y una exploración de la experiencia humana que no se pierde a través de los diferentes temas que trata.

Esperamos que la difusión de los títulos ganadores de los Premios Estatales de Literatura 2022 favorezca la continuidad creativa de las escritoras y los escritores en nuestra entidad, para beneplácito de la población lectora en Baja California.

Alma Delia Ábrego Ceballos

Secretaria de Cultura y Directora General
del Instituto de Cultura de Baja California

Fantasma

Desperté cuando me sacudieron el hombro. Despegué los párpados lagañosos para encontrar en la oscuridad el rostro de Gera, suspendido a la altura del mío a un costado de mi cama.

—Ale, despierta. Despiértate, Ale.

Me siguió zarandeando hasta que me apoyé sobre los codos.

—¿Qué... qué quieres?

—Ponte los tenis.

—¿Qué?

—Ándale.

—¿Qué hora es?

En lugar de responder, se enderezó y salió de la habitación. Me senté al borde del colchón mientras me adaptaba a la poca luz, confundida y adormilada. Debía ser muy temprano, pues las siluetas eran apenas distinguibles entre los hilillos de luna que vencían la cortina. A unos metros de mí, la otra cama era un revoltijo de cobijas, calcetines y una maleta a medio terminar.

Todavía en pijama, seguí sus pasos hasta el patio. Gera me esperaba montado en su bicicleta y sosteniendo la mía con su mano libre.

—Vamos.

—¿A dónde?

—Al Sol.

Lo miré a los ojos, no parecía bromear. Me quedé inmóvil unos segundos, procesando sus palabras, hasta que, sin hacer más preguntas, subí al vehículo y arranqué detrás de él.

Serían las tres o cuatro de la mañana. Las estrellas parecían chispear a esa hora, como aprovechando antes de desaparecer tras un amanecer más. Era verano, pero la frescura de la madrugada penetraba la ropa y daba la sensación de empapar la piel como a las puntas del césped. Las ruedas partían el camino enlodado con un chapoteo que interrumpía los cantares nocturnos de los insectos. No faltaba mucho para que los gallos despertaran al alba y con su cacareo, el resto del campo.

Delante de mí, Gera pedaleaba con calma y echaba ojeadas breves hacia arriba, admirando los astros sin detenerse. Anduvimos en silencio mientras nos acercábamos al linde de la parcela, marcado por la oxidada malla que serpenteaba entre los palos carcomidos por las termitas. Suponía que nos detendríamos ahí, pero Gera la pasó de largo y siguió con entusiasmo.

Yo iba más atrás, no muy convencida. Proseguimos más allá del terreno de la familia, dominando la bicicleta sobre el camino accidentado que tan bien conocíamos de día pero que evitábamos explorar de noche. Avanzaba y frenaba con cautela, a falta de otras luces más que las del cielo nocturno; contrario a mí, Gerardo parecía disfrutar la locura del viaje, parado sobre los pedales y torciendo el manubrio en medio de la oscuridad.

Se detuvo cuando el arroyo nos cortó el paso. El rumor del agua bajando era sereno, apenas audible para enterarnos de que la corriente estaba ahí, escondida en la penumbra.

—¿A dónde vamos? —pregunté al alcanzarlo.

—Al Sol, ya te dije.

—¿Y cómo llegaremos ahí?

—¿Alguna vez has pensado en qué momento se hace de noche en una ciudad?

Me le quedé viendo. Parecía más relajado que de costumbre, con los hombros sueltos y los ojos brillando. Él, que era meticuloso hasta para respirar y nunca solía dar un paso sin pensar cómo dar el otro, parecía contento con la idea de no saber qué estábamos haciendo. Antes de poder preguntar a qué se refería, se respondió solo.

—Nunca. En las ciudades nunca anochece.

Miró hacia arriba y lo imité. Las estrellas bailaban blancas, tan hermosas como infinitas. Ahí estaban todas: Canis, Leo, las Osas y otras tantas cuyos nombres había olvidado pero que sabía que él admiraba.

Habíamos visitado la ciudad unas cuantas veces. Muchos olores, mucho ruido, muchos colores. El movimiento no cesaba, la gente nunca se detenía y las cosas por ver eran interminables. El tiempo iba más rápido. A mí me gustaba; era como ir a un enorme circo lleno de luces, sonidos y payasos, con y sin disfraz. A Gera, en cambio, no le agradaba en absoluto. Recordaba esa ocasión en la que lo atrapé entre lágrimas, por aquellos días de Semana Santa que pasamos en el departamento de la tía Marga, hace un par de años. Lloraba porque quería volver a casa; lloraba porque las noches sin astros le parecían lo más triste del mundo.

Esa noche, sabía que Gera contemplaba el cielo no sin cierto dolor, porque era su última vez bajo semejante vista. Por la tarde, tendría que tomar su maleta y subir al pick-up de papá, que lo llevaría con la tía Marga y no lo traería de vuelta. Se iba a estudiar a la ciudad, con sus noches artificiales, sus humos negros y sus crisis de estrellas.

Buscamos un tramo estrecho que nos permitiera pasar sobre el agua y seguimos adelante. La fragancia de las hierbas se soltaba con la temperatura matinal, el suelo de tierra desprendía la humedad característica de un verano engañoso. De haber sido más silenciosos, habríamos podido escuchar el correr de los ratones entre la maleza y el aleteo de alguno que otro pájaro preparándose para volar a la primera luz. En el horizonte, el negro daba paso a un azul más claro y por debajo, a un morado pálido, en germinación de los primeros rayos de sol. Ningún amanecer era igual a otro. Quien tuviera la oportunidad de verlos todos, seguro descubriría el sentido de la vida.

No era culpa de Gera ser tan inteligente. Desde niño, nuestros padres se dieron cuenta de que sus buenas calificaciones no eran casualidad. Cuando terminó la secundaria, ya habían decidido que harían su mayor esfuerzo por mandarlo a la universidad de alguna manera. Entorno a mí, que nací unos años después, no hubo tanto entusiasmo. Todo lo que sabían papá y mamá era que, si alguien merecía salir del rancho para no criar gallinas toda la vida, era Gerardo.

El problema era que a él sí le agradaba la idea. Amaba la vida rural y todos sus menesteres: levantarse diario a las cinco de la mañana, recoger los huevos calientes, separar los pollos ponedores de los consumibles, arrancar cerezas de los árboles, regar los cultivos, ordenar los silos, sacar las ma-

las yerbas, limpiar la casa. Lo hacía todo con tanto cuidado y dedicación que parecía no desear nada más. Disfrutaba la cotidianidad amena que llevábamos, nunca se quejaba. Por eso, cuando papá le anunció que tendría que abandonar todo e ir a la universidad, una parte en su interior se rompió.

Era una persona demasiado prudente como para atreverse a decir que no. No quería y aun así dejó que lo llevaran a visitar las instalaciones; no quería y aun así aceptó hacer el examen; no quería y aun así quedó en primer lugar. No quería y de todos modos partía esa misma tarde. Mis padres, que no conocían otra vida que no se basara en el trabajo de sol a sol, se sentían realizados, felices de poder darle una oportunidad que ni siquiera soñaron para ellos mismos.

Pero Gera, que no encontraba lo grato de tener que estudiar por años para trabajar alimentando una economía industrial que destruía cada vez más al agricultor, sentía una inmensa tristeza incapaz de comunicar. A nadie le había dicho, pero yo lo sabía porque por las mañanas acariciaba un poco más a los gatos y cada anochecer, desde la ventana de nuestra habitación, se despedía de las estrellas. Este inesperado arranque en bicicleta debía ser su forma de decirme adiós a mí, su hermana menor.

Frenamos cuando la grava se volvió peligrosa. Unos metros más allá, el camino terminaba y caía en risco hasta unas piedras escarpadas un poco más abajo. Los árboles obstruían los laterales de la última parte del sendero y nos enmarcaba en un cuadro verde. Lejos, las espadas doradas ya habían quebrantado la noche e incendiaban el cielo en tonos naranjas, rosas y amarillos. Las nubes se recortaban en diferentes volúmenes y se fusionaban en bultos abstractos, resplandeciendo en ese tono azulado que no dejaban ir.

El Sol ya asomaba tras los cerros en sombras y, como cada día, se apoderaba del reinado del mundo y de nosotros, sus súbditos. Habíamos llegado.

Volteé hacia Gera y vi cómo se grababa la imagen frente a nosotros con la misma intensidad con la que se aferraba al manubrio. Comprendí que, si había salido conmigo a oscuras, sin permiso de nadie, a andar por ahí a una hora imposible, no era solo para despedirse; estaba buscando el valor de decidir por sí mismo en la libertad que le confería manejar una bicicleta.

Pero parecía incapaz de hacerlo.

—¿Qué vas a hacer con mi cama cuando me vaya?

—No sé. Yo creo que la quitaré y pondré un escritorio.

—Y si vuelvo, ¿qué? ¿Duermo en el piso?

—Pero no vas a volver.

Quisiera que no se lo hubiera tomado tan a pecho, porque no lo decía en serio. En realidad, deseaba que se quedara tanto como él deseaba no irse. Pensaba en las gallinas, en los patos y en las constelaciones que lo echarían de menos, y en mamá, que lloraría tanto los primeros días. Pensaba en su bicicleta abandonada y en la mía también, porque no tendría sentido usarla sola. Pensaba en el cuarto medio vacío, en el cielo demasiado grande y en el campo que buscaría su fantasma por las madrugadas, pero no se lo dije.

En su lugar, volví la mirada hacia las nubes, que jugaban a las formas casi como si tuvieran vida. De detrás de las montañas surgieron más y más cúmulos, poblando el cielo con una masa blanca que se iba oscureciendo conforme aumentaba de tamaño. Los nubarrones se torcían de forma descomunal y parecían acercarse hacia donde estábamos. Quise tomar a Gera del brazo, preocupada, pero mi mano

solo tocó el aire. Había desaparecido del asiento. El Sol se escondió tan rápido como había emergido y la falta de luz redujo todo a nuevas sombras. Las nubes se arrastraron hasta alcanzarme, tragándose primero los cerros, luego los árboles, luego las bicicletas...

Desperté en la parte de siempre. Me tallé los ojos y miré un techo que daba vueltas, aun con rastros luminosos en los párpados y el corazón agitado. Constantemente soñaba con esa mañana, Gera sacándome de la cama y el alocado viaje en bici. En cada sueño se repetían todos los sonidos, todos los olores y todas las palabras de nuestra última conversación, como un disco atorado dentro del reproductor.

Era curioso que acabara en el mismo instante todo el tiempo, al final de un camino que se desmoronaba, como si de esa forma concluyera la vida con mi hermano. Aunque tal vez así había sido. Luego de ver el amanecer volvimos a casa, terminó su maleta y para el mediodía, mamá ya estaba perdida en lágrimas, viéndolo partir en el pick-up hacia un supuesto futuro mejor. Yo me limité a sacudir la mano en un gesto más automático que auténtico.

Casi nada había cambiado desde entonces. Al inicio uno que otro gato se paraba a llorar en la ventana, pero al cabo de unas semanas se detuvieron. Papá siguió dejándole los baldes al lado de la puerta para que recogiera agua por las mañanas, hasta que se acostumbró a hacerlo él mismo. Mamá continuó haciendo cuatro platos de comida, hasta que se hizo a la idea de que nadie más ocupaba la cuarta silla en la mesa. Por mi parte, dejé de ver las estrellas en la noche y de salir en bicicleta, porque prefería ahorrarme los minutos de sueño y levantarme más temprano a recoger huevos y alimentar patos.

Nos tomó algo de tiempo, pero la nostalgia se nos pasó rápido. Luego de unos meses, no quedaba rastro de Gera en la parcela.

Aun así, al sentarme en la cama, poner los pies en el piso y mirar hacia el frente, al otro lado de la habitación, de nuevo me di cuenta de que no quería poner un escritorio todavía.

Polvo

Resuenan pasos, hacen vibrar la casa vacía.

Chocan con las paredes claras, el eco deja marcas ahí donde rebota contra el cemento. Aquella casa los escucha por primera vez en mucho tiempo; ha pasado tanto desde que acogió un sonido por última vez en su interior, además del débil rumor de los insectos bajo las tablas y el suspiro del polvo acumulándose sobre las superficies.

Se alegra. Los pasos la hacen estremecer de una forma que había olvidado. Presta atención para adivinar hacia dónde se dirigen: cruzan el vestíbulo, suben las escaleras, uno, dos, tres pisos, se detienen en el rellano unos segundos. Continúan, se acercan a la puerta del fondo. Después de lo que parece un forcejeo con la madera podrida, atraviesan el umbral y se detienen en el medio de la habitación.

Se detienen y no hay más sonidos de pasos; vuelve un silencio inmenso que, si se le escucha bien, no es tan silencioso. Hay crujidos minúsculos detrás de las paredes, chillidos discretos en las esquinas, repiqueteos detrás de la única ventana de la recámara. Los pasos retoman su caminar, se dirigen hacia esta última.

Nuevos ruidos de forcejeo. Con un tronar astillado, el cristal se levanta, el viento entra y canta al pasar entre los objetos. Se restriega contra el papel tapiz, haciendo bailar los dobladillos despegados; lame el piso, el suave paseo de las motas de arena se torna apenas audible; se enrolla alrededor del cuerpo en medio de la habitación, el rozar de la ropa contra la ropa se eleva por sobre todo lo demás.

La casa ha extrañado tanto los sonidos. Cada uno le parece tan insólito y al mismo tiempo tan familiar. Aunque sus estructuras recuerden, los años la han vuelto novata otra vez. La aventura de descubrirlo todo de nuevo se expande ante ella, está dispuesta a someterse a las primeras veces que las décadas la empujaron a olvidar. Se imagina llenándose de voces humanas y gruñidos animales, crepitares de fuego, escándalos que revienten cristales y golpeen los techos; ruidos que adopten formas y colores que no puede ver, pero que sabe que existen; sonidos aullantes que partan la quietud de una casa abandonada para transformarla de vuelta, simplemente, en una casa.

Los pasos reaparecen, se acercan y se alejan de la ventana. El peso en cada uno hace crujir las tablas, el eco enfatiza lo grande del espacio, desprovisto de todo. La casa desea que sigan, que formen un ritmo y que del ritmo surja una danza. Quiere que no paren de resonar, de moverse, que creen un estrépito que parta la madera bajo ellos y que sea tan desenfrenado que no pueda acabar nunca. Quiere que los pasos la adopten, la habiten y que con su clamor atraigan a muchos más pasos, más sonidos, y la provean de un único frenesí musical.

Los pasos se acercan a la ventana y se detienen por un rato. Luego se despegan del suelo para montarse en el alféi-

zar, el cuerpo bloqueándole el paso a las ráfagas de viento que insisten en romper al interior. La casa escucha, atenta.

Percibe un susurro deslizante y de más allá de la ventana le llega el silbido del aire partiéndose en dos, como abriendo paso a algo que se hunde en su ligereza. El soplando es tan preciso como breve; finaliza con el estampido de una figura dándose entera contra la tierra. Aquel estruendo es tan alto que hace temblar hasta la última teja, se cuele por la ventana y se deja oír en cada rincón del cuarto, cae por las escaleras y se desparrama en todos los espacios vacíos de la estructura.

La casa queda fascinada ante tal escándalo, corto pero fuerte, y se estremece en espera de lo que sigue. Espera, pero no oye nada más. Los pasos han desaparecido, el roce de la ropa contra la ropa queda muy abajo. Una corriente sacude el cristal en su marco, provocando que caiga en un solo movimiento y selle la apertura con una palmada.

Dentro, la casa retoma el mutismo. Ese silencio que no es tan silencioso si se le escucha bien, pero silencio a pesar de todo. El polvo se asienta, la madera da los últimos rechinidos antes de callarse por completo. La quietud regresa, el sosiego se instala y no hay nada más que escuchar. El hábito gana contra la novedad y retoma su lugar como regente del abandono.

La casa que por un momento, tal vez imaginado, se sintió habitada, vuelve, en compañía de todos sus recuerdos, a quedar vacía.

Buzón

Cuanto más insistía, menos contestaba. Aunque la llamara y la llamara y le mandara cientos de mensajes infestados de emoticones enojados, Susana parecía estar ignorándola. Habían quedado de reunirse a las nueve detrás de la Catedral, sobre la calle donde quedaban todos los bares *queer* de la ciudad. A las nueve exactas, dijeron, y con su acostumbrada puntualidad, Abigaíl ya estaba ahí a las ocho cincuenta y cinco. El Uber la dejó en la esquina donde seguía parada, con la bolsa pegadita al cuerpo y el celular apretado en la mano. Esperaba no llamar mucho la atención, aunque se había vestido pretendiendo todo lo contrario; el top y la falda neón resaltaban en la oscuridad, los aretes eran tan grandes que le pesaban las orejas y el pelo decolorado le caía en rizados sobre los hombros.

Vístete con lo más sexy que tengas, le había dicho Susana, porque esa noche la llevaba por primera vez a un antro gay. Abigaíl ni siquiera había estado en un antro heterosexual, pero Susana insistía en que esos no valían la pena, pues estaban llenos de tipos que nada más querían agarrar nalgas. En cambio, a los gays no les interesas porque son gays, decía, y el ambiente se pone mejor porque hay música

de Lady Gaga. A pesar de ello, Susana no se veía por ningún lado, ya eran cerca de las diez y todas las tristes marcaciones de Abigaíl rebotaban al buzón. Hubiera esperado donde mismo, de no ser porque un hombre se le acercó pidiendo monedas y optó por adentrarse a la calle.

En sábado por la noche, docenas de personas subían y bajaban de extremo a extremo por la avenida. La música salía golpeando de cada puerta que no se cerraba por completo y los olores más extravagantes se le metían a la nariz contra su voluntad. Dio vueltas un buen rato, hasta que tuvo sed y se decidió por un lugar al azar para comprar una botella de agua. *The Bear*, ponía en el letrero, y Abigaíl pensó que era un nombre muy chistoso para un bar. Enseñó su INE al guardia de la entrada, que se quedó alternando la vista entre su cara y la fotito de la credencial por tanto tiempo que pensó que la echaría de ahí. Al final, la dejó pasar sin decir nada.

Dentro, la combinación de música, luces y cabezas en movimiento la hizo sentirse más perdida que afuera. Lo primero que notó fue que no se veía ninguna mujer. Lo segundo, que las personas que estaban muy juntas bailando al centro o paradas alrededor de las mesas no se parecían mucho a su idea de cómo se veían los hombres gay. Tuvo problemas para abrirse paso entre los cuerpos sudados de camisas sin mangas y encontrar una especie de mostrador. A gritos le preguntó al chico detrás por una botella de agua. ¿Una qué? Se lo repitió, pero él hizo una mueca y se alejó para atender a otros clientes.

Se deslizó por el perímetro del local, sin saber qué hacer. Podía salir y andar por ahí otro rato, pero le dolían los pies. Además, seguía teniendo mucha sed. Revisó

el teléfono: de Susana, ni el visto. En la esquina encontró un sitio con asientos vacíos y sin más, se sentó. Sobre la mesa había tres vasos a medio terminar, que dejaban resbalar gotas heladas por sus superficies cristalinas. Con la boca seca, Abigaíl se acercó a observarlos: uno tenía un líquido rosa y olía como a jugo; otro contenía una mezcla oscura y espumosa, tal vez cerveza; el último se veía transparente y claro como agua, aunque era difícil saber por el juego de las luces. Quiso estirar la mano y tomarlo, al fin y al cabo, estaba abandonado y ella tenía tanta sed...

A la mesa se acercaron tres hombres. Solo se dio cuenta de que la miraban cuando los tenía casi encima y se asustó tanto que resbaló del banco. Le sacaban una, dos, tres cabezas respectivamente y todos eran triple de gruesos que su propio cuerpecillo de chica de preparatoria. Estaban sudados y desnudos de la cintura para arriba, donde un páramo de vellos le alfombraba a cada uno el pecho y los brazos. Abigaíl ni siquiera se molestó en evitar que su nariz se arrugara y sus labios se curvaran en una “m” a la vista de tanto pelo.

Entendió que la mesa era de ellos y se disculpó, dispuesta a irse, pero la detuvieron. Le preguntaron por su nombre y por sus asuntos en el bar; al enterarse de que la habían dejado plantada, entre los tres intercambiaron una mirada de lástima. Aquí ya no te preocupes por eso, le dijeron, y la invitaron a sentarse otra vez.

Uno de ellos no dejaba de mirarla de arriba abajo, elogiando su *outfit*. Abigaíl agradeció el comentario con una sonrisa incómoda, pensando que, en otro contexto, un comentario así de parte de cualquier hombre la habría hecho darse la vuelta y salir corriendo. Pero, por otro lado, ellos

eran gays, ¿no? Y los gays no quieren nada contigo, o eso es lo que había dicho Susana. Volvió al asiento, ignorando el recuerdo de cuando era pequeña y su mamá insistía en que nunca había que hablar con desconocidos. Pero mamá no estaba ahí, ni tampoco su supuesta mejor amiga, y en definitiva ya no era una niña pequeña.

¿Estás bien? Le preguntaron y Abigaíl asintió con el corazón encogido ante su amabilidad. Pidieron más bebidas y le entregaron un vaso con ese líquido que era claro como agua, que al beber comprobó que no era agua, pero era dulce y tenía tanta sed que lo vació de un tirón, siguiendo con otros dos que los chicos mandaron traer. Mientras tanto, ellos le preguntaron por sus gustos, por su día a día, y ella encontró su interés tan genuino que se los compartió.

Les habló de sus padres, tan estrictos, y de Susana, tan rebelde, que le había insistido en que se pintara el pelo a escondidas despuesito de que ella lo hiciera. Pero cuando la castigaron, su amiga desapareció justo como en aquella ocasión, y recordaba haberse sentido igual de sola que hace un par de horas, dando vueltas por la avenida. Aquí ya no estás sola, le dijeron, y terminando de beber la llevaron a la pista de baile, donde Abigaíl se movió imitando pasos entre los hombres velludos y sudados que le sacaban el doble de tamaño.

A la par que bailaban, sus tres nuevos amigos le siguieron preguntando cosas y Abigaíl respondió todo. Les contó sobre su escuela, su casa y todas sus mascotas. También de la carrera a la que iba a entrar, que difería con lo que quería estudiar, pero que quedaba en la misma facultad que la de Susana y su amiga necesitaría raite. Les contó de sus ahorros para comprarse un auto y del estúpido de su ex quedante, que solo había coqueteado con ella buscando

cosas que todavía no le apetecía ofrecer, pero a las que había accedido porque Susana decía que llegar virgen a los dieciocho era para monjas.

Habló y habló y bailó tanto que se le revolvió el estómago, no habiendo consumido nada sólido en horas. Llegó al baño sosteniéndose de las paredes, dentro del cual ni siquiera se fijó en los condones tirados y las obscenidades escritas con marcador permanente en las paredes. Abrió la primera caseta y había vómito en ella; abrió la segunda y se encontró a dos hombres fajando que apenas la notaron; abrió la tercera y le pareció contemplar el inodoro más perfecto del mundo. Pudo haberse tardado minutos u horas y de todos modos sus tres compañeros la esperaban justo afuera. Aquí nos preocupamos por ti, le dijeron. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Quisieron jalarla a la pista otra vez y darle más de beber, pero se rehusó. No sabía qué hora era y un flojo sentimiento de responsabilidad le vagueaba por la cabeza. Buscó su celular entre la ropa pero no lo encontró. Quiero irme a casa, les informó, y ellos se ofrecieron a llevarla.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba sentada en la parte trasera de un automóvil con el cinturón abrochado. Los muchachos estaban en el auto también y se veían normales y tranquilos. Abigaíl se relajó, contenta de haber conocido personas tan buenas, que se preocupaban por ella. Amigos de a de veras, pensó, dejando escapar una sonrisa floja. Con los párpados pesados, recordó que no les había dado su dirección. No te preocupes, le dijeron, aquí ya nos la sabemos.

De no haber estado tan cansada, habría caído en cuenta de que no reconocía el paisaje tras la ventana. De no haber estado mareada, habría notado que el auto mar-

chaba en dirección opuesta a su casa. Lo último que supo antes de quedarse dormida fue que alguien le cambiaba a la radio. La primera canción era un reguetón del viejito; la segunda canción parecía el Himno Nacional; la tercera y última canción, la que dejaron, era su favorita.

A la mañana siguiente, Susana la llamaba por teléfono todavía pensando una excusa creíble, pero todas sus marcaciones rebotaban al buzón.

Nosotros

Apagué el cigarro justo antes de que entrara porque no le parecía correcto fumar en ese lugar. A mí tampoco me encantaba la idea. En realidad, ni siquiera me gustaba fumar en sí. En el fondo, no creo que a nadie, pero todos terminamos haciéndolo por variaciones que se reducen a dos causas: ocio y/o desesperación. A veces se mezclan, aunque en general se excluyen la una a la otra.

Entró y dejó caer el paquete de guantes de látex sobre la mesa.

—¿Cuánto?

—Cincuenta.

—Qué caro.

Hizo un movimiento con la cabeza, yo traté de tirar la colilla discretamente. Abrí el paquete, tomé un par y le pasé otro.

—Tú y tu afán de fumar aquí dentro.

Se dio cuenta.

—Tú también fumas.

—Pero no aquí. Hacerlo aquí es asqueroso.

No podía estar más de acuerdo. Nos pusimos los guantes, abrimos el primer congelador y aguantamos la respiración. Tomó los pies, yo la cabeza.

Llevaba poco tiempo fumando. Uno año quizá, ¿o dos o tres? Tal vez más. Imposible de saber con exactitud. Es increíble cómo el tiempo se pasa volando cuando uno se dedica a estas cosas. Seguro se les llama “vueltas de vida” porque tarde o temprano todo mundo vuelve al punto donde partió.

—Concéntrate, se te va a caer.

—Qué fácil decirlo, tú tienes la parte ligera.

Fue complicado cargarlo hasta la salida. En verdad era pesado. O sería que ahora me parecía pesado porque me desgastaba el tabaco. Imposible de saber también.

—Chingado, pon atención.

Hacía lo mejor que podía, pero el hielo en su traje hacía que se me resbalara de las manos. Estúpidos hombres ricos. Pasan su vida sentados viendo ocurrir las cosas sin mover un dedo, explotando a otros mientras el dinero les llega solo a los bolsillos. Seguro se pasan los días bebiendo y fumando, lo que demostraría que no son tan diferentes a nosotros, excepto porque no tienen que cargarse a sí mismos.

Logramos cruzar la puerta de la habitación, pero bajar las escaleras fue mucho peor. Luego de una eternidad descendiendo escalón por escalón, por fin llegamos abajo. Salimos al patio y lo arrojamos a la parte trasera de la camioneta, junto a los demás.

—¿Cuántos quedan?

—No sé. Catorce, quince. Es lo mismo.

—¿Un cigarro antes de seguir?

—Qué asco das.

Al parecer era asqueroso fumar en todas partes. Fumar es asqueroso en sí, la verdad. Ojalá lo prohíban algún día. Mientras tanto...

—Entre más asqueroso, mejor, ¿no?
Le ofrecí uno.
Lo tomó.

Magia

A la calle la habitaban sonidos extraños. Crepitantes, se acercaban por detrás y desde los costados como música ambiental sin origen, mezclándose en la noche sin rostros. El alumbrado público era tan débil que su presencia daba lo mismo y la humedad tan densa que se palpaba con los dedos. Los charcos de agua sucia se arremolinaban a los bordes de las banquetas, faltos de vehículos que perturbaran sus superficies fangosas.

Las sombras se alargaban con tanta pena sobre las aceras que los dueños de los negocios habían decidido no abrir, los habituales transeúntes optaron por no salir y los trabajadores nocturnos se decantaron por otros caminos. No obstante, la oscuridad se encargaba de darle la bienvenida a ese único hombre que no tenía forma alterna de llegar a su departamento, arrastrando los pies hacia el bloque de viviendas a mitad de la cuadra.

Manuel caminaba con la sensación de no poder cargar consigo mismo. Un maletín ejecutivo colgaba de su mano, iba atado del cuello por una corbata y cargaba con horas de cansancio laboral acumuladas sobre los hombros. Cruzó con laxitud la ciudad abandonada, deseando llegar a casa y

lamentándose al mismo tiempo por no tener otro sitio al que ir. Subió las escaleras del conjunto departamental hasta el cuarto piso e insertó con torpeza la llave en la cerradura de su puerta.

Su vivienda no era más que un cuarto de cuatro paredes, con una cocineta manchada, una mesa tambaleante, un colchón de resortes salidos y una puerta que llevaba al baño. El papel tapiz escurría líquidos amarillentos que acomodaban todo en un cuadro sepia, desde el techo las goteras mojaban el piso y disminuían la temperatura de la habitación.

Entró y dejó su maletín sobre la mesa, acercándose a la única ventana a la vez que se deshacía de la corbata. A pesar de que tenía hambre, no revisó el refrigerador porque sabía que no había nada en su interior. Tampoco tenía sentido salir por algo, ya que había comenzado a llover. Manuel observó las gotas chocar contra el cristal y estamparse en el asfalto, sin nadie a quién empapar en la noche solitaria.

No había sido un buen día en el trabajo. Mucha gente desesperada, pocos empleados y una latente crisis económica no eran buena combinación en ningún momento ni en ninguna parte. Laborar en un banco era una cosa horrible; se colmaba todos los días y no había segundo en el que pudieras reposar la mente en otra cosa que no fuera dinero. Además, debías escuchar la desalentadora situación de los que venían a ti pidiendo cosas imposibles, teniendo que mantener la compostura al no poder gritarles que un maldito trabajador no es capaz resolver todos sus problemas.

Pero eso no era nada nuevo. Siempre era así. Lo que había tornado insoportable esa jornada era el hecho de que se había acordado de su madre. Y de su padre. Le pareció ver sus rostros en las gotas cristalinas que lamían la ventana,

deslizándose con tristeza hacia el olvido entre otros tantos millones.

La detonadora del recuerdo había llegado esa tarde, pidiendo una suma desquiciada como préstamo porque estaba envuelta en un proceso penal contra su esposo, en el que ella lo denunciaba por violencia de género y él a ella por difamación. El tipo tenía buenos abogados, por lo que la mujer debía conseguir incluso mejores para ganar y además conservar la custodia de sus hijos. Porque tenía hijos. Pero no dinero.

Y Manuel se lo había negado. Había percibido la desesperación en sus movimientos, el ruego en su voz e incluso divisado los moratones que aún conservaba bajo las mangas, pero había tenido que decirle que no. La solvencia no era la suficiente, su estabilidad financiera era nula y la probabilidad de que pagara de vuelta todo el dinero en sus condiciones figuraba dentro de veinte años o más. Simplemente imposible. Al hacérselo saber, la mujer lo había observado con incredulidad y cuando él trató de sonreírle en consolación, sus ojos se transformaron en veneno. Salió del cubículo ejecutivo como aguantándose las ganas de patear al que se le cruzara en su camino.

Se sentía mal por ello, pero solo hasta cierto punto. Ya estaba acostumbrado a esas situaciones y percibía cómo poco a poco perdía la sensibilidad ante la desgracia, cuya base siempre residía en lo monetario. Lo terrible se encontraba en que había visto a su madre en esa mujer: el cabello descuidado, el rostro impotente, las manos temblorosas, la enérgica esperanza que dejaba al descubierto que, en el fondo, era consciente de que lo había perdido todo. Era como ella.

Se alejó de la ventana y se acercó al baño sintiendo una presión en el pecho. Su recuerdo no era bueno, nunca era bueno. Se detuvo delante del espejo ennegrecido por la suciedad, que contenía su cara enmarcada por la luz verdosa y el fondo sin color. Examinó la falta de sol en su piel, las marcadas líneas de expresión, el cabello negro, los ojos caídos y reconoció a una única persona: su padre.

Con la mandíbula apretada y acidez en el esófago, sacó una cajita que guardaba debajo del lavabo. Dentro había una serie de pinturas faciales que le gustaba mantener en secreto, aunque en realidad no hubiera nadie de quién pudiera esconderlas. Tomó la pintura blanca y se la esparció por la cara con suavidad, como si esta se le fuera a resquebrajar en cualquier momento.

El mejor adjetivo para describir a su padre era uno solo: violento. Igual que a muchos otros padres en ese tiempo donde la violencia doméstica no era tomada en serio por las autoridades ni por la sociedad. Todos los días estaba molesto, todos los días había algo que no le dejaba estar tranquilo y hallaba en cualquier cosa una excusa para desquitarse con lo que fuera. Cuántos perros no había tenido Manuel que murieron por “accidentes” con su auto, a cuántos de sus amigos no había dejado amenazados cada vez que algo en ellos no le agradaba. Cuántas marcas no les había dejado en el cuerpo a él y a su mamá.

Su madre tampoco era intachable. El alcohol le hacía perder la noción del tiempo y terminaba olvidándose de sus propios menesteres y los de su hijo, quien tuvo que aprender a cocinar, vestirse y ocuparse de sí mismo desde muy pequeño. A veces, cuando las situaciones la superaban, le gritaba a Manuel aún si él no tenía nada que ver, soltándole

uno que otro chanclazo en el que aprovechaba para descargar la frustración consigo misma, con el mundo, con la vida. De todas formas, las cosas hubieran sido mucho más fáciles si solo hubieran estado los dos. Conservaba recuerdos buenos de ella: algunas noches le leía cuentos, hacía muy buen espagueti y le regaló un avión de juguete cuando cumplió diez. De su padre, por el otro lado, no conseguía nada por más que se exprimiera la memoria.

Tomó la segunda pintura de la caja, un morado intenso, y con ella se trazó círculos alrededor de los ojos.

Excepto que sí había una cosa buena. Una única cosa que Manuel amaba y anhelaba que hiciera todos los días, aunque no fuera posible. Su papá trabajaba como payaso para un pequeño negocio de fiestas al filo de la bancarrota. Solo eran él y otros cuatro empleados, que se encargaban de cubrir todos los festejos que podían en el que por aquel entonces seguía siendo un pueblo. Ganaba un sueldo asqueroso y las condiciones de su oficina-camioneta eran deplorables, mas nunca lo dejó por razones que superaban el entendimiento de su hijo.

Por tercer color tomó el verde, con el que se dibujó pequeños rombos en la frente y una flor en la barbilla.

Incluso después de haber salido de la niñez, Manuel conservó el hábito de observarlo mientras se arreglaba. Lo hacía escondido, a través de un pequeño agujero en la pared de la habitación contigua a la que su padre utilizaba de camerino, porque si lo descubría era seguro que lloverían golpes sobre él. Lo contemplaba maquillarse, ajustarse la peluca, ponerse la ropa, amarrarse muy bien los tirantes y encajarse la nariz roja. Ensayaba sus líneas unas cuantas veces, abría la puerta de la recámara y salía de la casa como un

hombre nuevo, transitando del terror a la felicidad aunque fuera por unas horas.

En algunas ocasiones, lo seguía a las fiestas en secreto. Detrás de los botes de basura, Manuel contemplaba con la boca abierta a aquel desconocido que sonreía, hacía chistes, efectuaba volteretas, regalaba cosas a los presentes mientras ellos se reían de él y él con ellos. Lo amaban. Era una cosa fantástica, mágica en todos los sentidos. Manuel temblaba de envidia por todos esos niños que podían sentarse en la hierba a observar el espectáculo de un hombre que disfrutaba su trabajo, un humano que buscaba alegrar a las personas. Un ser al que él no tenía derecho.

La magia terminaba cuando regresaba a casa y se quitaba el disfraz y la pintura. Se deshacía del personaje y volvía a enterrarse en el sillón a ver la tele, esperando a que su esposa le dejara la comida en el regazo. Paraba de regalar globos para repartir maldiciones, de sonreír para fruncir el ceño y de carcajear para escupir amenazas de muerte.

Con el azul se embarró las orejas y se delineó el contorno de la boca, una amplia franja que por más que tirara sus comisuras hacia arriba, seguía siendo el toque triste de la máscara.

Una noche que llegó borracho hasta el tope, se encontró con que su esposa bebía de igual manera en el sofá. Manuel escuchó desde la habitación cómo empezaban a discutir, alzando las voces cada vez más, hasta que el estruendo de objetos estrellándose contra el piso lo obligó a salir. Encontró a sus padres forcejeando en el sillón, su madre intentando impedir que abusara de ella. El hombre le pegó una bofetada tan tremenda que casi la dejó desmayada y así consiguió hacer lo que quiso. Manuel solo pudo quedarse mirando la escena con la sangre hecha piedra en

las venas. Cuando su padre notó su presencia, le obsequió una descarga con el cinto que le dejó manchas imborrables en la espalda.

Por más que lo analizaba, no podía entenderlo. ¿Cómo era que una persona como él podía transformarse en un ídolo de la alegría con unos simples ropajes y unas pinturitas baratas? ¿Qué había en ello que era tan poderoso? Llegó a plantear estas dudas a su mamá, quien, con su cabello despeinado y manos temblorosas que hacían bailar los cigarrillos cerca de su boca, siempre le soltaba un divertido *Ay, Manuelito*. Pero para Manuel no tenía nada de gracioso. Tal vez había cierto poder en eso de ser payaso, tal vez existía algo en ello tan reformador que lo pudiera cambiar a uno por completo...

Como elemento final, tomó la bola roja que guardaba junto a la caja y la colocó donde correspondía. Se miró al espejo e intentó sonreír para adornar su rostro falso, que lo miraba de vuelta cubierto en sombras.

Un día de invierno, cuando no le quedaba mucho para terminar la preparatoria, su padre mató a su madre. Explotó una botella de vodka contra su nuca y esta no volvió a moverse. Al regresar de la escuela, Manuel ni siquiera pudo entrar en la casa; la última vez que vio a su mamá fue cuando la policía la sacaba cubierta con una sábana. A su papá se lo llevaron en la patrulla y lo retuvieron por un tiempo, pero lo soltaron al cabo de días. No había denuncias en su contra o alguna clase de prueba "contundente". Archivaron todo en un expediente que no le compartieron y lo apilaron junto con otros miles en la comisaría, para que juntara polvo a la espera de alguna clase de justicia divina que llegara a completar el trabajo de las autoridades.

Posterior a eso, Manuel empezó a vivir con una tía, hermana de su madre. No volvió a ver a su padre más que dos o tres veces; lo que supo de él fue que siguió haciendo un trabajo formidable. Siguió con su vida teatral como si nada, sin esposa, sin hijo, con sangre en las manos y un bonche de niños a los que hacer felices.

El pueblo terminó convirtiéndose en ciudad y con el paso de las décadas, las pequeñas empresas de fiestas fueron comidas por las grandes industrias de espectáculos. Ya nadie necesitaba payasos, por lo que los cinco empleados terminaron rindiéndose y vendieron sus oficinas-camionetas.

A los años, Manuel se enteró de la muerte de su padre cuando la rentera de la casa en la que habían vivido buscaba a alguien que le pagara el adeudo. Por lo que le dio a entender, la bebida lo acorraló en una enfermedad que nunca le preocupó hasta que fue demasiado tarde. Lo encontraron solo y con un arsenal de disfraces, pelucas y maquillaje arrumbado en un cuarto. La rentera también buscaba a alguien que se quedara con todo eso.

Una felicidad amarga lo invadió después de la noticia, aunque de inmediato se sintió arrepentido. ¿Cómo era posible alegrarse por algo así? ¿Por la muerte de alguien, de quien fuera? Pero no podía evitarlo. En ese momento empezó a pensar que tal vez en su interior vivía una maldad innata, tal como en su padre.

No sabía por qué le había molestado que esa mujer del banco le recordara a su mamá, si la recordaba cada día. Todo el tiempo vivía con su memoria y, a su pesar, también con la de su padre, que lo asechaba por las noches con su rostro de colores, como el suyo en ese instante. Eran lo mismo, a quién engañaba. Era tan malo como su padre, aún

en la actualidad. A diario llegaba a él gente con problemas, buscando ayuda, consuelo, asistencia financiera y él solo decía no, no, no.

No hay solvencia.

No es sostenible.

No está en discusión.

No puedo hacer nada.

No.

Y así todos los días. En cada ocasión Manuel tenía que ser malo, debía serlo, estaba en él. Por más que estuviera cumpliendo con su trabajo, era como maltratar a las personas, que venían con una esperanza que apenas podían contener y salían achicadas como pasas. Era para lo que le pagaban, para destruir rostros ilusionados. ¿Y no era eso una clase de violencia? Era tan violento como su padre, pero tan cobarde como su madre para no largarse de ahí. Presentía cómo, en cualquier momento, una botella de vodka terminaría explotando de igual forma contra su cabeza.

Se miró al espejo y sonrió más y más, pero la tristeza no se iba. El color estaba allí, las formas estaban allí y, sin embargo, todo seguía inerte por dentro, solitario, descompuesto. No importaba, porque maquillarse lo ayudaba a ser mejor persona. Colocarse una nariz roja y una peluca lo hacían mejor persona. Ser un payaso era ser mejor persona. Lo cambiaba, lo transformaba, como a su papá.

Cuando se disfrazaba, podía olvidarse de que estaba solo, de que vivía en un apartamento deprimente, de que trabajaba en un lugar horroroso en el que solo hacía a las personas infelices, de que las calles estaban tan abandonadas como su alma, de que su madre había muerto a manos de su padre, quien había sido el ser más horripilante del

mundo y a su vez la alegría en persona, con todos menos con su familia. De que de él había sacado los genes de una maldad que no encajaba del todo.

Nada importaba, porque al verse como un payaso podía ser diferente. ¿No?

¿No?

Lágrimas calientes se resbalaron por el lavabo, entintándolo con los colores del arcoíris. Desde el espejo, su reflejo lo odiaba tanto como se odiaba a sí mismo. Siempre era igual, siempre tenía la esperanza de que la máscara pudiera arreglarlo todo. Mas siempre terminaba dándose cuenta de que por más que tratara de ocultarlo, la pintura no cubría marcas que estaban ahí para quedarse.

Se tiró al piso con el maquillaje reducido a borrones que le mancharon el cuello de la camisa. Los miraba en las sombras, en la tierra, en las gotas. Miraba esas cosas que no quería mirar y que terminaba mirando por evitarlas. Vivía en cada asqueroso recuerdo mientras la voluntad se le derramaba por los ojos, tratando de encontrar ese momento en el que todo se había ido a la mierda, sin lograrlo, porque su vida entera era ese momento. Y a cada instante se preguntaba:

¿Dónde está la magia?

¿Dónde está?

¿Dónde quedó?

Ay, Manuelito.

Lloró y lloró tanto que los vecinos del piso de abajo no estuvieron seguros de que la lluvia cayera solo en el exterior.

Habitación

Boca arriba, miras el techo y te preguntas qué estás haciendo ahí. Alguien te ofreció una llave con el número 21 en un colgijie, aceptaste sin más y ahora estás sobre la cama rechinante del último cuarto de un hostel en remodelación, observando la pintura que se descarapela por encima de tu cabeza. Le das vuelta a tus motivos, repasas tus carencias, te viene a la mente la falta de opciones y haces una mueca ante el hecho de no poder quedarte en un lugar más decente.

Aunque no es tan malo. Si te gustara lo *vintage*, el lugar sería perfecto: el espacio cerrado, las paredes blanco-grisáceas con manchas de humedad y marcas de manos, las pesadas cortinas que enmarcan las ventanas, el edredón con un estampado floral pasado de moda y la luz lechosa que no alcanza los rincones oscuros. No te encanta, pero la pequeña habitación tiene su toque. Para rematar, incluso se saborea el olor a viejo, que ambienta el escenario y te retrocede un par de décadas.

En la recámara no hay más que un escritorio, una mesita de noche, la cama, tu escuálida mochila y tú. Estás por tu cuenta ahí dentro. De fuera te llegan múltiples voces, se cuelan por debajo de la puerta, pero no puedes descifrar

lo que dicen; solo te dejan saber que los otros inquilinos disfrutaban de la excelente noche de verano aun cuando pasa de la medianoche. Mientras tanto, tú prefieres quedarte mirando cómo la pintura se cae.

Te arrepientes de no haber conseguido un libro, una revista, una baraja para jugar solitario, cualquier cosa que te ayude a lidiar con el insomnio. No tienes hambre, no tienes sed y mucho menos sueño, pero deseas que alguna de estas necesidades se presente para por lo menos tener algo en lo que enfocarte. Más allá de los muros, escuchas lo que te parece una fiesta, con música a todo volumen, carcajadas estridentes y el silbido característico que se produce al abrir latas de cerveza. Te sorprende que el gerente del hostel sea tan permisivo, en vista de que aquel ya no es horario para la juerga entre semana.

Examinas las esquinas de la habitación en busca de insectos y te cercioras de que en efecto estás por tu cuenta. Te das vueltas sobre la colcha mientras el catre cruje penosamente, observas las sombras que se alargan aunque la luz de la bombilla no cambie y escuchas las notas amortiguadas que produce la calma, ya que del otro lado de la puerta las voces se han callado. Te sientas en la cama, poniendo más atención. Es verdad, las risas se han detenido de un momento para otro. Te preguntas si acaso se habrán ido todos a dormir cuando resuena un portazo, algunas habitaciones más allá.

Las voces vuelven, pero no con el mismo espíritu. Han parado la música, ahora todo lo que llega a tus oídos son susurros de personas que no puedes ver. Empiezas a escuchar con más detenimiento. Puedes oír pasos, parece que otras personas han llegado al lugar. Ruidos nuevos aparecen, ya no de animosidad sino secos y ahogados. El hostel

queda varado en un silencio raro, interrumpido de vez en cuando por el intercambio entre dos personas, que poco a poco se sumen en una discusión.

Los pasos comienzan a escucharse más cerca de donde te alojas. No te preocupa, sabes que lo que sea que esté pasando en el exterior no es asunto tuyo, pero al menos te entretiene. Hasta que allí está: golpean a tu puerta. Piensas que ha sido en la de al lado. Vuelven a hacerlo. Ya no piensas que haya sido en ninguna otra parte, pero no mueves un dedo. Tal vez, solo tal vez te hubieras parado a abrir si, uno, no hubiera sido tan tarde; dos, los golpes hubieran sido un llamado normal, un toc toc, no un estrépito que amenazó con quebrar la madera; tres, si la persona que te dio la llave no te hubiera advertido que no abrieras durante la noche.

Así pues, solo te paralizas, como lo hizo la decoración del cuarto con la década de los setenta. Golpean una tercera vez, después de unos segundos una cuarta y, cuando crees que ha pasado el tiempo suficiente, en un solo movimiento apagas la luz y te metes bajo las sábanas antes de que llamen por quinta ocasión. Ni siquiera te has atrevido a asomarte por la ventana, presagiando que no encontrarías nada bueno si lo hicieras. Gracias al cielo, no vuelven a tocar. Temes que en cualquier momento fuercen el picaporte o que incluso quiebren el cristal, pero nada más ocurre.

Todo se mantiene en su sitio mientras los minutos se alargan. Escrutas la oscuridad que lo envuelve todo sobre ti, atreviéndote a sacar la cabeza solo hasta el comienzo de la nariz. Buscas figuras que distinguir y a las cuáles aferrarte en el silencio, mas todo está tan negro que da igual si tienes los párpados abiertos o cerrados. Ni siquiera se cuele la luz de la ciudad o el resplandor de la luna, ya que las cortinas parecen ser, por desgracia, lo único bien hecho en aquel lugar.

Vuelves a escuchar pasos y procuras no respirar. Si se puede oír todo lo que pasa fuera desde dentro de la habitación, no dudas que sea posible oír lo que pasa dentro desde fuera. Sean quienes sean los que están tocando puertas en medio de la madrugada, ya saben que estás ahí. Percibes cómo golpean en los otros cuartos. Llegan de nuevo los susurros hasta tus oídos y, a pesar de no poder descifrarlos, comprendes que están teñidos del mismo miedo que te paraliza.

Las personas retoman la discusión. Alzan las voces hasta un nivel por completo audible, pero sigues sin entender palabra; es como si hablaran en otro idioma. Por los matices, adivinas que se están insultando, amenazando, puede que hasta deseándose la muerte, porque les siguen ruidos de forcejeo, de empujones y de golpes que se tornan más y más violentos.

De pronto, un solo disparo parte la noche.

Las ventanas tiemblan, la madera cruje. Piensas que lo has imaginado. Te dices que no puede ser verdad, pero los ecos de la detonación rebotan en las superficies y se te estampan contra las orejas, contra los ojos, trayéndote a la consciencia imágenes que ni siquiera has visto. Un grito se eleva sobre el estruendo y te abre el pecho, te aparta las costillas y te estruja el corazón. No puedes decir si grita un hombre o una mujer, un niño o un viejo; solo sabes que su pena te cala en el cerebro y se queda en ti aún después de haberse apagado.

Después sigue la más espesa, asfixiante y espantosa calma. Ni un solo murmullo, ni una sola voz que se deje oír luego de la que juras una escena del crimen. Todo parece haber muerto después del balazo, cortado de una manera tan abrupta que te parece casi paranormal. Esperas minutos

que parecen acumularse hasta la eternidad a que llegue la policía o una ambulancia o mínimo salga el gerente, pero la quietud es tan perfecta y la negrura tan impecable que bien podrías haberte trasladado al vacío del espacio exterior sin darte cuenta.

Nada pasa. Nada sucede. La ansiedad te revuelve el estómago, la saliva se te ha vuelto arena y no puedes soporarlo más. Decides quitarte las sábanas de encima, ponerte de pie y acercarte a la puerta. Cada paso que das contiene un espasmo de terror que pretende jalarte de vuelta a la supuesta seguridad de la cama, pero la necesidad de saber qué es lo que está ocurriendo te motoriza más allá de tu voluntad. Pones la mano sobre la perilla, respiras hondo y la jalas hacia ti.

Miras por una rendija, luego por una abertura mayor hasta que finalmente abres en su totalidad. Una brisa te refresca el cuerpo sudado y te agita la ropa. El cantar de los grillos se alza como música de verano, un halo azul se deja caer sobre la explanada del hostel, en la que reina una tranquilidad digna de una pintura. No hay marcas de zapatos sobre la tierra, mucho menos alguna mancha de sangre. Las luces del resto de las habitaciones están apagadas, no hay signos de que alguien más se encuentre en vigilia aparte de ti. Observas alrededor desde el umbral, con la mente en blanco. Vuelves a cerrar la puerta.

Sin pensar en nada, te acuestas. Te parece escuchar alguno que otro susurro durante las horas siguientes, pero lo atribuyes a tu viva imaginación. Si pegas ojo, ni siquiera te das cuenta.

Cuando la luz del día se deja ver a duras penas a través de las cortinas, solo te levantas, tomas tu mochila, tomas

la llave con el número dos y el número uno colgando y le das una última ojeada a la habitación. No se mira igual. No parece la misma. Te da la sensación de que ni siquiera te has quedado ahí pero no sabes por qué, así que solo atraviesas la puerta y sales.

Entregas la llave en la recepción, todavía convenciéndote de si preguntar. Te deshaces del nudo en la garganta y lo dejas salir. ¿Qué ha pasado anoche? A qué se refiere, te pregunta el gerente tras el mostrador. Que si qué ha pasado con los otros inquilinos por la noche. ¿Cuáles? Te tiembla un poco la voz ante el recuerdo. La fiesta, la pelea, el disparo, el grito. Su expresión alarmada te incomoda. Perdone, pero aquí no ha sucedido nada de eso, dice. Claro que sí, hoy ya pasadas las tres pude escucharlo todo. No, me temo que no, lo habrá usted soñado. Que sí, le insistes. Te observa con preocupación. ¿Está usted bien?

Decides detenerte. No tiene caso. Le pasas la llave y te das cuenta de que el colguije se ha caído. No pasa nada, declara el gerente. ¿Cuál es el número de habitación? Veintiuno, dices. Dos. Uno. Y ahí están de nuevo sus ojos llenos de desconcierto, que te miran como si le plantearas un acertijo. Perdone, pero desde hace mucho que solo contamos con veinte recámaras...

No haces más preguntas. Ya nada importa. Le recuerdas que el hospedaje quedó pagado, le agradeces, te vas.

Y sientes una docena de miradas pegadas a tu espalda cuando lo haces.

Espinas

La pantalla del teléfono se encendió, iluminando el cuarto pasado a madrugada. El repiqueteo del dispositivo vibrando contra la mesita se filtró a través de la cobija, luego a través de las sábanas, hasta llegarle al oído como picándole el cerebro. Demasiado molestas para ignorarse, esa era la cosa con las alarmas. Arrastró los dedos por la cama hasta liberar todo el brazo y con un solo golpe del índice, puso fin a la campanita que inauguraba el peor día de su vida.

Abrió la puerta del baño y el vapor inundó la habitación, formando rostros escalofriantes al reptar bajo la luz artificial. Miguel caminó hasta el espejo y se observó el cuerpo desnudo, aún mojado. No estaba listo, nunca estaría listo y aun así un traje lo esperaba en el clóset. Se lo probó en un intento por convencerse de que le quedaba horrible, como había hecho la noche anterior y la anterior a esa, pero obtuvo el mismo resultado: las mangas le encerraban las muñecas en un círculo exacto, los dobleces de tela bajaban por su cintura en un corte perfecto. No había esmoquin que le entrara mejor en todo el mundo y eso le encantaría, de no ser porque aquella no iba a ser su boda. Iba a ser su funeral.

Entró otra llamada y la vibración en la bolsa trasera del pantalón lo interrumpió en su análisis de una caja de espagueti. En lugar de contestar, apagó el celular, dejó el empaque y siguió empujando el carrito vacío entre los estantes. Incluso preguntó a un empleado por las pastas integrales, en un esfuerzo por que los demás clientes no notaran que había ido al supermercado a perder el tiempo. Recorrió cada uno de los pasillos, examinando aquí y allá productos que no necesitaba, hasta que se le cansaron los pies. Antes de irse dio una vuelta por la sección de cocina, admirando los utensilios: tantas cucharas, tantos tenedores, tantos cuchillos. Sería tan fácil esconderse uno en el saco, sacarlo al estar frente a esa mujer y clavárselo en el pecho. Sería más fácil todavía clavárselo él mismo en aquel instante.

Salió sin comprar nada y los guardias de seguridad se le quedaron viendo con sospecha, porque nunca nadie salía con las manos vacías de un supermercado.

Encendió el teléfono cuando estuvo de vuelta en casa, enfrentándose al fin con las trece llamadas perdidas y cuarenta y siete notificaciones de mensaje que lo reprochaban desde la pantalla. Todas del mismo contacto, todas de él. Volvió a sonar minutos después y quiso dejar al buzón continuar respondiendo en su lugar, pero no se atrevió. Le dio al ícono verde, se llevó el auricular a la oreja y en silencio dejó que le llovieran sus palabras como flechas, el corazón encogiéndosele ante el sonido de su voz: dónde estás, por qué no contestas, qué es lo que te pasa. Justo lo que había esperado escuchar, excepto porque no sonaba enojado, sino nervioso. Miguel hubiera preferido rabia, insultos hirientes que le comprobaran que estaba arruinando el supuesto mejor día

de su vida, pero en su lugar se topaba con que del otro lado de la línea, la emoción se dejaba oír como música de fondo. Sintió acidez en el estómago y saliva amarga se le acumuló sobre la lengua.

Ya voy, dijo antes de colgar.

David. Ese era el nombre de su problema. David. Y había sido el único desde que tenía memoria. David, repetía en voz baja mientras estrujaba el volante y pisaba con descuido el acelerador. Se pasó un total de cuatro señales de alto y dos semáforos en rojo, sin éxito. La policía nunca llegaba cuando se la necesitaba, los accidentes nunca ocurrían cuando uno los deseaba.

Había pasado toda la vida intentando convencer a David de que ninguna era suficientemente buena para él. Todas y cada una de las muchachas pretenciosas y teñidas con las que había salido eran una burla, un chiste para un hombre con sus cualidades, y Miguel se lo había hecho saber desde esa primera vez que invitó a salir a una chica en la secundaria. Al final siempre funcionaba: después de unos meses David terminaba con ellas, terminaba con todas y cada una de esas quimeras de caderas anchas y pelo trenzado que le nublaban la vista y le ralentizaban el paso. Algunas veces acababa peor que otras, pero Miguel siempre estaba ahí cuando sucedía, listo para devolverle el calor con los brazos.

Así habían crecido y vivido, y Miguel pensaba que tendría a su mejor amigo para siempre. Hasta que llegó ella, esa tipa de piernas cortas y nariz ganchuda, de dedos chuecos y bolsas bajo los ojos. Miguel no podía creer que algún ser en la Tierra la considerara hermosa... y aun así David

quedó como hechizado por una bruja. No hubo nada que su amigo pudiera hacer o decir, nada había servido esa vez. Las cosas habían llegado tan lejos que ni siquiera fue capaz de empujarlo a pensar dos veces la idea de casarse. Trataba de advertirle que estaba cometiendo el peor error, pero todo lo que recibía de vuelta era el menosprecio de una persona que ya no conocía. Es que tú no entiendes, Miguel; déjame en paz, Miguel; búscate una vida, Miguel.

Se estacionó lejos, le tomó un rato llegar hasta la iglesia entre la acera y el sol. Como padrino del novio, se había comprometido a pasar por los arreglos florales, recoger el pastel y transportar a la familia hasta la ceremonia, ninguna de las cuales realizó. Parecían habérselas arreglado a pesar de ello, porque nada hacía falta cuando puso pie en el templo. Quedaba menos de una hora para el casamiento, los invitados ya se sentaban en las bancas de madera. El espacio se sentía sofocado, el viento no circulaba, del aire pendía un sabor a piel sudada y catolicismo rancio.

Preguntó por el comprometido y lo mandaron al fondo de la capilla. Caminó bajo los vitrales de colores, los Santos lo miraban desde arriba con desdén. Se deslizó sobre la alfombra que le tragaba los pies, la música orgánica se presionaba contra su pecho. Pasó frente al camerino donde se arreglaba la novia y contra su voluntad, pero sin poder evitarlo, echó un vistazo al interior a través de la rendija que dejaba la puerta. Ahí estaba ella, mirándose al espejo con el entusiasmo de un loco a punto de cometer un crimen, entre damas de honor que la rodeaban como zopilotes. Qué preciosa estás, le mentían, qué hermosa te miras. Pero todo lo que Miguel podía ver era un vestido del color de la leche podrida derramándose sobre el piso, un

maquillaje que se corría como petróleo desde dos cuencas sin ojos, un par de zarpas terminadas en uñas postizas sosteniendo un ramo de espinas.

Retrocedió, aguantándose una arcada.

Tocó y no esperó respuesta para entrar. David también estaba viéndose al espejo, tratando de alisar arrugas inexistentes en su traje immaculado. El mediodía entraba por la ventana y le pegaba de frente, enmarcando su silueta en oro derretido. Qué tal me veo, preguntó, como si preguntar lo obvio sirviera de algo, pero de todas formas Miguel estuvo tentado a soltarle mil adjetivos con los que podía describirlo en ese momento. No obstante, dijera lo que dijera, todo le sabría como a aceite en la boca, así que se limitó a un “bien”.

Entonces su amigo empezó a hablar y a hablar de cosas a las que dejó de poner atención. No preguntaba dónde había estado, no preguntaba la razón por la que no contestaba las llamadas. Todo se trataba de ella y de ella en todas sus formas, en todas las maneras en las que se puede retratar un mal que se mantiene oculto, una enfermedad que se vende como una cura. Y cuanto más balbuceaba, más se convencía Miguel de que todo aquel teatro era un error.

Una nube tapó el Sol y la habitación quedó en sombras, el espejo dejó de reflejar. Ninguno de los dos se merecía una atrocidad así. No aceptaría vivir condenado a la desdicha y tampoco dejaría que aquel fuera el destino de su amigo, por más que quisiera convencerse de lo contrario. Aunque tal vez el problema nunca había sido él, ni tampoco ella. Ya daba lo mismo.

Deslizó la mano entre el saco y la camisa a la vez que se recargaba contra la puerta y la cerraba con seguro, cuidadoso de no hacer ruido. A la altura del corazón, el tacto frío de la hoja metálica le calentó los dedos.

Inevitable

Pisó el freno y patinó con las llantas hasta quedar justo debajo de un poste de luz que parpadeaba. Le palpitaban las sienes, todavía sentía la fuerza del impacto en el pecho y en las manos. Antes de bajar, examinó la carretera en la oscuridad; ningún auto, ningún peatón, ningún testigo. Abrió la puerta y se acercó al frente del vehículo, donde lo primero que hizo fue examinar la defensa. Se puso las manos en la cintura y suspiró ante el inminente daño, mientras volteaba hacia eso que había causado la abolladura: el cuerpo de una mujer.

Yacía unos metros más allá, cubierto con ropa hecha nudos y los comienzos de un charco bajo la nuca, que cambiaba entre rojo y negro al vaivén de la luz. Se acercó, se arremangó y, tomándolo de ambas piernas, lo arrastró hasta la parte trasera, donde abrió la cajuela. Con gran esfuerzo logró cargarlo y meterlo entero, doblándole las extremidades y empujándole más la cabeza sobre el cuello torcido. El volante quedó ensangrentado mientras lo giraba para volver.

Condujo hasta casa con tranquilidad. Al llegar, la puerta del garaje la esperaba abierta y metió el vehículo en reversa. Una vez dentro, volvió a abrir la cajuela y descargó su contenido tirando de los tobillos sin cuidado, provocan-

do que el torso se desplomara y el cráneo se estrellara contra la loseta. Así lo jaló hasta el interior, murmurando para recordarse limpiar el caminito de sangre después.

Lo dejó en la sala y alzó la voz para avisar que había llegado. Se escuchó movimiento en la cocina, luego el ruido de platos reventando contra el suelo. De inmediato salió su esposo, con la mirada sobre el pequeño regalo a sus pies. Volteó a verla con ojos resplandecientes, se le acercó y, tomándole la cara con las manos, pegó sus labios con demasiada fuerza. Un segundo después la apartó y se centró en el cadáver, que agarró por los brazos y llevó de vuelta a la cocina, abriéndole paso entre los restos secos que cubrían el piso.

Sintió el agotamiento en sus hombros, pero no había tiempo que perder. Buscó el trapeador y tomó los productos de limpieza, a la par que escuchaba cómo en la habitación de al lado, él abría el cuerpo en canal y empezaba servirse todo lo de adentro.

Partió por tallar la alfombra, en cuya tela podía leerse un mapa de manchas que nunca se iban por completo. El sabor de los químicos se colgó en el aire, sin ganar la pelea contra el olor a carne y sangre que tapizaba las paredes de forma permanente. Desde la cocina, le llegaban el ruido metálico de cuchilla contra cuchilla, mientras su esposo afilaba las hojas para cortar la piel como papel; el estrépito del mazo al quebrar las costillas que escondían el corazón; el sonido del cartílago haciéndose pasta entre sus muelas, del salpicar de las tripas que se le caían, mientras hurgaba con las uñas hasta el fondo del tronco que se iba quedando hueco, a ver qué más podía encontrar.

Recogió los montones de cabello y las costras ajenas que se escondían bajo los sillones, echándolos en las bol-

sas negras que se acumulaban junto con otras en las esquinas. Siempre que lo escuchaba comer, solía pensar la misma cosa; ¿se habría casado si lo hubiera sabido desde el principio? Prefería concluir que sí, aunque no sin antes darle vueltas al asunto. No se enteró del canibalismo hasta demasiado tarde, cuando ya estaban los papeles firmados, los votos dichos y la santa bendición sobre sus cabezas. Así Dios lo había creado, decía él, y en la iglesia siempre repetían que el deber de todo cónyuge era apoyar a su pareja, amarla tal y como era.

Miró el cuadro colgado en la sala, en el que ambos sonreían tomados de la mano ante la cámara, él de negro y ella de blanco. Pequeñas manchas oscuras salpicaban el cristal y daba la sensación de que perforaban su vestido, cubriendo su rostro como si no tuviera ojos dentro de las cuencas. Bajó la cabeza y se observó la ropa, teñida de la misma forma, casi replicando la imagen con marcas frescas. Sintió el impulso de quitarse todo ahí mismo y rociarse con una botella de cloro, pero se contuvo.

Al inicio, su hambre era modesta. Se conformaba con perros de la calle, palomas muertas y tal vez, de vez en cuando, alguno que otro cuerpo sacado de la morgue del hospital donde solía trabajar. Claro que a ella le resultó difícil asimilarlo, pero él la tranquilizaba con sus besos, le aseguraba que eran prácticas inofensivas, que nada de todo aquello interferiría en su vida de recién casados y en la familia que algún día pretendían formar.

Al tiempo, alguien terminó descubriendo los hurtos, que se fueron volviendo cada vez más frecuentes, y lo echaron de su trabajo. Decidió esconderse en casa, temiendo

las repercusiones; fue entonces que se puso en manos de su esposa, recordándole cuánto la quería, cuánto la necesitaba, insistiéndole en que, si no lo hacía por él, moriría. Y ella cedió ante sus lágrimas, sus caricias, dejándose arrastrar dentro de un pozo del que no podría salir, porque iría haciéndose más y más profundo.

El truco consistía encontrar indigentes, personas por las que nadie preguntaba. Rastrearlos, aprenderse sus caminos y en las noches sin luna, acelerar. Mientras él tuviera qué comer sin salir de casa todo estaría bien, porque así la policía no lo atraparía y no lo apartaría de su lado. Mientras no pasara hambre no le haría daño a nadie, aseguraba, solo habría que pagar pequeños costos con tal de seguir adelante.

Y ella mantuvo la fe, hasta la noche de su primer aniversario. Colmados de alcohol, se encerraron en el cuarto movidos por un fuego creciente e incontrolable. Se desnudaron, avivaron el calor de sus cuerpos, él se le acercó al oído para susurrarle como a ella le gustaba. Se abrazaron en la oscuridad, acompañaron sus movimientos, su respiración, estuvieron a punto de cruzar sus propios límites hasta que un dolor imposible la hizo caer en picada. Sintió cómo se le empapaba el cuello y se humedecía la almohada. No necesitó encender la luz para darse cuenta de que le faltaba la mitad de la oreja.

Desde entonces le quedó clara una cosa: nunca podría ser madre. No mientras en casa, a cualquier hora del día o de la noche, su esposo pudiera comerse a su hijo. Y le pesaba hasta el alma, pero él se encargaba de recordarle que el amor es así, que duele, que conlleva sacrificios, que a veces hay que dar unas cosas por otras. A cambio, le prometía estar a su lado siempre, siempre, siempre.

Luego de una hora ya había puesto cada cosa en su sitio, pero no disfrutaba la sensación de haber terminado de limpiar. Por más que fregara las alacenas, dejara pálido el piso y encontrara hasta el último diente amarillo de los rincones, todo seguía sucio, manchado, lleno de sangre. Cada que en el fondo de sí misma se acumulaba el hartazgo, se repetía que hay responsabilidades inevitables. Que hay cosas que simplemente tocaba vivir y el matrimonio eran una de ellas. Porque no importaba cuán horrible pudiera ser, su obligación con él duraría hasta que la muerte los separase. Y presentía quién de los dos moriría primero.

Al terminar, su esposo volvió a la sala con la camiseta empapada, el pelo pegado a la frente y la piel a dos colores. Le dedicó una sonrisa rígida, del labio le colgaba un pedacito de carne. Sin embargo, en sus ojos no había satisfacción. Aún tenía hambre.

Su esposa lo miró, sintiendo en el pecho algo a lo que no supo darle nombre. Sin decir nada, tomó las llaves del carro y una vez más salió a vagar entre las tinieblas.

Enigma

El vagón se sacude de un lado a otro mientras el chofer esquiva los baches. El asfalto está infestado de hoyos, que hacen del trayecto un ir y venir de cabezas que se sacuden en todas direcciones. La noche ha caído y la única iluminación de la cabina son las luces verdosas del techo, que impiden ver hacia afuera y confieren un aspecto tenebroso por dentro.

Jacobo mira a través de las ventanas ennegrecidas, intentando encontrar las formas de los autos y los peatones que circulan en las últimas horas del día, mas lo iluminado del interior y lo oscuro del exterior le dificultan distinguir entre caras y matrículas. Lo único que se filtra son las luces del otro lado, procedentes de postes de alumbrado público y escaparates de tiendas por cerrar, que como puntitos brillantes se desplazan con lentitud a lo largo del cristal, a medida que el camión avanza. A Jacobo le parece estar observando estrellas en el espacio.

Es el último bus del día, por lo que viene repleto. Apenas va a mitad de la ruta y todos los asientos están ocupados, a excepción del que queda enseguida de él. Hay dos

o tres hombres parados al fondo, pero ninguno quiere tomar el lugar, sea porque prefieren cederlo a alguien que lo necesite, sea porque consideran que no es del todo varonil tomar asiento. Jacobo viaja cómodo mirando las manchas de luz al otro lado del vidrio, astros que se mueven por la noche, mientras su cuerpo salta arriba y abajo en cada tope.

Suben unas cuantas personas más, pero nadie se sienta. Es cerca de la plaza cuando el camión se detiene por una muchacha, que trepa los escalones metálicos apretando una mochila contra el pecho y las monedas listas para depositarlas en la mano del conductor. Jacobo observa cómo sus ojos inspeccionan la cabina y encuentran el lugar disponible a su lado, y luego encuentran los ojos de él. Avanza con cautela mientras el vehículo arranca con una sacudida, llega a la altura del asiento y se deja caer contra el respaldo plástico.

Solo necesitaron mirarse una vez. Jacobo, que hasta ese momento examinaba el paisaje con despreocupación, pone un nuevo empeño en no desviar la vista de la ventana. Afuera, las estrellas se multiplican y pronto contempla toda una galaxia de puntitos. Algunos están más cerca que otros, pero todos titilan en tonos amarillos y verdes como desafiando la negrura del cosmos.

Es ella, no hay duda. Quiere fingir no conocerla, pero el movimiento nervioso de su cuerpo lo delata. La reconoció enseguida y sabe que ella lo ha reconocido; aunque sus miradas se cruzaron solo un instante, fue más que suficiente para desempolvar su rostro entre tantos sobre las repisas de su memoria. De todas las rutas, todos los camiones, todas las horas y todas las noches, el azar ha elegido justo esa combinación para sentarlos codo con codo.

Poco a poco, el espacio que rodea al autobús se expande, tirando sus líneas hacia el horizonte y borrando los lindes de la ciudad. Las calles desaparecen, los autos y las personas son sustituidas por la profundidad de un vacío que se extiende en todas direcciones. De pronto, el mundo también se esfuma y los viajeros quedan atrapados en la deriva espacial, abrazados por las paredes de un camión que se abre paso hacia lo desconocido.

Dentro de la cabina todo parece seguir en su sitio, hasta que, bajo la iluminación fluorescente, los objetos empiezan a elevarse con suavidad. Las monedas del conductor, acomodadas con escrúpulo en grupos de cinco y de diez, se riegan por el pasillo; las gorras y los sombreros pierden piso; el pelo largo comienza a enmarañarse alrededor de las cabezas. Jacobo empieza a sentir su propio cuerpo más ligero, despegado unos cuantos centímetros del plástico. Busca alguna mirada cómplice a su alrededor, pero nadie parece percatarse de lo que sucede; todos viajan con la misma somnolencia característica de las últimas horas del día. Ese es justo uno de los dilemas más grandes del espacio exterior: que miles de cosas suceden en sus entrañas a cada segundo, cosas magníficas, pero imposibles de contar porque nadie está ahí para ver.

La chica a su lado tampoco parece darse cuenta. Después de dos años se la topa por primera vez, la misma muchacha que tanto se esforzó por reducir a un recuerdo se sienta ahora a su lado con la vista clavada en la nuca del frente. La misma Lorena que quiso y que lo quiso, pero que fue mejor dejar de querer porque ya no valía la pena intentar. Quiere simular no conocerla y tal vez lo lograría, de no ser porque la conoce demasiado.

Sirviéndose de toda la información que le proporciona observarla de reojo, le da la impresión de que está igual que cuando se vieron por última vez. Aquel encuentro sucedió hace mucho y posterior a él, innumerables personas pasaron por la vida de ambos, pero hay algunas huellas más indelebles que otras. De este modo es como conocidos, desconocidos y conocidos que pretenden ser desconocidos se abren paso hacia los confines del Universo en autobús.

El hielo galáctico, tan fino como polvillo, empaña los cristales. Al otro lado de la ventana, van apareciendo astros que chocan, mueren y nacen a velocidades imposibles, creando órbitas nuevas de camino a repetir su ciclo de vida. Sin fin de planetas descubiertos y por descubrir rotan sobre sus ejes, condenados a girar en la misma dirección por toda la eternidad como víctimas gravitacionales de algún cuerpo mayor. Jacobo, sin pronunciar palabra, viaja queriendo hacer pasar por indiferencia los recuerdos que se le proyectan como una película en la mente.

Se conocieron en la preparatoria, al inicio fingiendo ser solo amigos hasta que en algún punto cedieron ante la atracción, que los juntaba como a dos cuerpos celestiales. En el pequeño y redondo mundo, es posible toparse con muchas personas que amar y que también quieran amar, pero rara vez se cruzan dos individuos tan afines en su forma de vibrar. Un acontecimiento así es algo único en el tiempo y el espacio, por más catastrófico que sea el resultado de su ecuación.

Cada luna se la regalaron entre promesas. Para ninguno era claro el futuro, pero de lo que estaban convencidos era que la figura del otro aparecía nítida entre la incertidumbre del porvenir; en su vida, no estuvieron tan seguros

de algo como lo estaban de sí mismos entonces, ni antes ni después de haberse sucedido. Sintiendo mayores, tenían la certeza de que toda decisión que tomaran la validaría su incipiente adultez, por lo que tocaba dejar de soñar y comenzar a planear.

Fueron tantos sus planes como manchas en un cielo infinito. En cada uno de ellos existía una constelación que debía ser trazada estrella por estrella, para que, a la larga, pudieran encontrar las figuras que iluminarían su camino juntos. Se sentían llenos de vigor, de emoción, de palabras poéticas que nunca iban a escasear, que convertían sus manos entrelazadas en el escudo más potente del planeta, del Universo entero. Los tres años de preparatoria estuvieron sumidos en un sueño nebuloso, Jacobo no tiene forma de negarlo.

Se acercan al Sol y una luz intensa golpea al vagón desde el costado, por suerte demasiado lejos como para que los lengüetazos de fuego los alcancen. El frío se transforma en calor y con la mitad del cuerpo en sombras, el chico piensa en lo increíble que es el hecho de que coexistan lugares así de helados y calientes al mismo tiempo. El espacio está tan lleno de paradojas como lo están las personas; tal vez los humanos son más porcentaje cósmico de lo que imaginan.

Los cambios en la relación aparecieron después de graduarse, empezando porque, al dar el examen para la universidad, ella fue admitida y él no. Lorena deseaba ser abogada, Jacobo ortodoncista, pero le tocaría esperar un año más para intentar otra vez. No hay problema, se dijeron, estaremos juntos entonces también, mas el meticuloso y prematuro plan que trazaron para sí mismos comenzó a desfasarse. Jacobo consiguió trabajo, Lorena empezó su carrera y entre ellos

se fue abriendo una brecha que implicó no solo un cambio de pensamiento, también un cambio de intereses.

Fueron conociendo gente, aprendiendo cosas nuevas, ganando experiencias distintas. Jacobo también quería estudiar, pero el dinero le sentaba muy bien a él y su familia, por lo que decidió no aplicar para la universidad el próximo ciclo. Lorena, asombrada por los conocimientos que le proporcionaba la educación, no pudo comprenderlo. Los meses pasaron y se visitaban con menos frecuencia. La sintonía que los conectaba se fue haciendo cada vez más débil, mientras aprendían de la vida por caminos separados. Su forma de ver, de escuchar, de sentir, se fue amoldando a lo que necesitaban, no a lo que querían, y muy pronto hablaban en idiomas diferentes. Contra todos sus pronósticos, llegó el día en que no se entendían una palabra.

Aun así, no terminaron. Tal vez hubiera sido mejor —ambos pensaron después— dejar las cosas por la paz cuando todavía tenían remedio. Pero lo que poseían en el otro, para entonces más producto de un hábito que de un sentimiento, los hizo creer que la respuesta estaba más adelante, allí donde no podían verla, por lo que solo había que seguir buscando. Así que buscaron y buscaron, pero ni siquiera el vasto plano de estrellas perlas que se detenían a mirar cada noche, con todos sus mapas, supo mostrarles un camino.

De lo que les sucedió después se acuerda apenas, como si esos pedazos de memoria los tuviera sumergidos en una bruma helada. Todo lo que le queda son los recuerdos de un olvido, del vacío que provoca hablar y no entenderse, querer entenderse y no hablar. La sensación de estar aproximándose a un hoyo negro, sabiendo que una vez dentro es imposible salir.

La última vez que se vieron lo hicieron para devolverse todo lo que se habían entregado, incluso aquello que no podían tocar. Y al despedirse, entre ellos ya había una lejanía que los separaba no por pasos sino por años luz de distancia, como a dos extraños cuyo plano astral nunca hubiera estado conectado. Fue una extinción tan definitiva que, luego de dos años sin saber del otro, a Jacobo le cuesta creer que ahora se mecen lado a lado en los asientos plásticos de un autobús que navega por la oscuridad.

El espacio exterior está lleno de enigmas, cuyo encanto reside en que nunca tendrán respuesta. Entre tantos rincones inhóspitos, toda la vida que existe —o de la que se sabe— se amontona en una partícula azul que, comparada con su enorme soledad, parece insignificante. Sin embargo, dentro de esa partícula también existen millones de partículas y cada una cuenta con su propio e inexplicable universo. Conforme se acerca el final de la ruta, los pasajeros descienden uno a uno y con cada asiento desocupado, Jacobo se da cuenta de que las estrellas tras el cristal van escaseando. Empieza a sentir el cuerpo más pesado, devuelto a su gravedad original con tal rapidez que le revuelve el estómago. Los objetos vuelven a su lugar, las monedas ya no flotan en el aire.

Piensa que Lorena cambiará de asiento a la primera oportunidad, pero continúa sentada a su lado mientras la cabina se vacía y pronto quedan por su cuenta. Si bien no están totalmente solos —al frente el camionero sigue su agitada carrera y al fondo una mujer dormita entre los asientos— sí lo más solos que pueden sentirse. A Jacobo no le queda más que esperar a que el camión complete su andanza, pues vive cerca de la última parada. El destino

de Lorena lo desconoce, pero parece que van rumbo al mismo lado.

Tras la ventana, los astros empiezan a desaparecer. Los planetas desaceleran, las galaxias se despiden a medida que sus trazos elípticos se difuminan. Los rayos solares ya no penetran en la cabina, la escarcha en las esquinas del vidrio se evapora mientras el vacío se vuelve a llenar de rostros. Los tonos verdes, morados y rojos se van apagando, dando fin a una danza galáctica llena de secretos que nunca serán develados. Los últimos cometas se dejan ver, recortados sobre el tapiz azul-negrusco del cristal.

Jacobo sabe que no queda mucho tiempo. Quiere girarse y, con una sonrisa, rasgar la cortina de silencio que construyó durante el trayecto, pero no se atreve. Espera que Lorena lo haga, que en ella nazca la iniciativa de volver a charlar, volver a mirarse, pero tampoco sucede.

De intentarlo, sabría que ella le devolvería el saludo no con condescendencia sino con amabilidad. Que también había fingido indiferencia todo ese tiempo y que volver a verlo le traía un placer extraño e inexplicable, así como a él. Notarían que han cambiado, que no son los mismos jóvenes inocentes que se regalaban planetas y ponían su nombre en las constelaciones; a pesar de verse igual que la última vez, se darían cuenta de lo mucho que han crecido. Jacobo le contaría que después de todo entró a la universidad, Lorena le mencionaría que, aunque le faltan un par de semestres para graduarse, ya tiene empleo en un despacho. Confesarían que están contentos con sus vidas y sentirían que la sintonía que los unió antes los hace vibrar ahora, en un tiempo y espacio diferente, como personas diferentes.

Y Jacobo se plantearía la posibilidad de que tal vez, solo tal vez, es posible volver de los hoyos negros.

Pero los astros se van apagando al otro lado y cuando llegan a la última parada, no queda ninguna luz a la vista. El bus se detiene en seco y las salidas se abren rechinando. La mujer del fondo despierta, se limpia la baba del rostro y desciende, aún adormilada. El chofer se despereza y también baja, rascándose la cabeza. Ahora sí que han quedado solos por completo, pero incluso entonces nadie dice nada.

No obstante, ninguno se mueve. Se quedan sentados como estatuas humanas a las que les han sellado la boca, mientras la noche entra por las puertas abiertas del autobús. El aire metálico se llena con todas esas posibilidades que no conocen, pero que sospechan, impulsándolos a llevar su muda esperanza hasta el final. Mas la cortina resulta demasiado pesada para su fuerza de voluntad y todas las palabras que no dicen se transforman en más silencio, que a fin de cuentas representa otro tipo de palabras.

Finalmente, Lorena se pone de pie. Con la mochila todavía apretada contra el pecho, camina hacia la salida muy despacio, como si todo se hubiera congelado y tuviera miedo de resbalar. Jacobo la sigue con los ojos mientras pisa cada escalón hasta llegar al suelo, sin voltear la cabeza en momento alguno, y se fusiona con la oscuridad. Después de eso, no vuelve a verla más.

Él se queda ahí por otro rato, bañado en la luz fluorescente que le da a todo un aspecto de sueño, hasta que el camionero asoma la cabeza y le pide que baje. Afuera, la nebulosa ha desaparecido, reemplazada por la seca y asfaltada ciudad nocturna. Aunque ya no hay rastro del espacio sideral por ningún lado, siente más que nunca la inmensidad

del Universo sobre su propio cuerpo; la fantástica, terrible y azarosa inmensidad.

Antes de seguir su camino como otro peatón sumado a las sombras, escucha una voz detrás de sí y se vuelve. Es un astronauta, que le desea buenas noches.

Alex

Escuchas sus risas, sabes que están afuera. Tragas saliva que te raspa la garganta, aprietas en puño las manos para evitar que tiemblen. En un segundo planeas lo que vas a hacer y cómo vas a hacerlo: abrirás la puerta de la caseta, te acercarás al lavabo sin mirarlos a los ojos, ignorarás lo que te digan y saldrás a toda velocidad. Una vez fuera, en público, no podrán hacerte nada.

Respiras hondo, cuentas hasta tres y das un paso adelante. Te acercas a la llave del agua, te enjabonas sintiendo sus miradas como alfileres en la nuca. No necesitas voltear la cabeza para saber de quiénes se trata: José, Cristian, Santiago. Los mismos de siempre. Están susurrando demasiado alto, con la intención de que los oigas. Repiten una y otra vez aquel nombre que ya te cansaste de corregir.

—El baño de niñas está del otro lado, mi amor.

—Está ciega, ¿qué no ves que trae lentes?

—Se metió al de niños a propósito, es que quiere ver-nos el pito.

Explotan en risas y te los tragas, todos los comentarios te los tragas. Te das la vuelta y casi corres hasta la salida, pero se plantan ante la puerta para bloquearte el paso. Eso no lo previste.

—Si quieres vernos el pito nada más tenías que pedirlo —José hace ademán de bajarse el short, pero se detiene al ver tu cara de espanto.

—¿No se te antoja? ¿Entonces por qué siempre te equivocas de baño? —pregunta.

—No me equivoco —respondes.

—¿Ah, no?

Cristian y Santiago te agarran de los hombros, José se te acerca más rápido de lo que puedes reaccionar y de un solo tirón te baja los pantalones.

Sus gritos son tan fuertes que te ensordecen. Te sueltan los brazos y los pies se te enredan con el dobladillo del uniforme, caes al suelo de nalgas y se ríen todavía más duro. Miran desde arriba tus piernas desnudas y señalan tu calzón como si fuera el descubrimiento más ridículo del planeta. Percibes cómo tu cara se enrojece y la vista se te nubla por las lágrimas, mientras ellos siguen empujándose, golpeándose, gimiendo como animales, pagándose las apuestas. Pero no vas a llorar. No ahí, no les darás esa victoria. Te pones de pie y en el solo microsegundo que dura un pensamiento, confrontas una decisión que fragmenta tu mundo en tres posibilidades.

Uno.

No dirás nada. Solo te subirás el pantalón, los apartarás a empujones de tu camino y saldrás del baño con la vista clavada en el suelo. No comentarás lo sucedido con nadie. Así es como has hecho las otras veces, así es como has aprendido a paliar los problemas con los mismos tres compañeros.

Te encontrarás con Yadira en el pasillo, la maestra de química la habrá mandado a buscarte porque tardabas demasiado. Al observar tu expresión, te preguntará si ha ocurrido algo. Considerarás decirle, pues Yadi es tu amiga —tal vez la única amiga que tienes en toda la secundaria— y puedes confiar en ella, pero prefieres dejar las cosas como están.

—No pasó nada —le mentirás—. Es que algo me cayó mal —la seguirás al salón.

No podrás prestar atención lo que resta del día, porque serás más consciente de la incomodidad que te produce tu propio cuerpo. De pronto te parecerá que el suéter que llevas puesto no es lo suficientemente holgado para ocultar aquello que es parte de ti, pero que no te pertenece. Te arrepentirás de no haberte puesto más ropa debajo del pantalón. Tendrás adolorido ahí donde te tomaron por la fuerza, seguro de que vas a encontrar marcas que tendrás que ocultar a tus padres.

A la hora de la salida, sentirás sus miradas sobre ti otra vez. Entre el lío de estudiantes que guardan sus libros, se despiden y se dirigen al pórtico, sus ojos encontrarán los tuyos y te harán muecas, señas obscenas, seguirán con el juego a sabiendas de que te quedaste callado. Sabes que si los acusas ante algún docente por lo sucedido en el baño se ganarán una amonestación, con suerte los suspenderán por un par de días, pero que después regresarán con los ánimos recargados. Te seguirán, te torturarán, se vengarán todo lo que quieran y lo único que hará el director del colegio es acusarte de habértelo buscado. Concluirás que no vale la pena.

Así es como te convencerás de que lo mejor que puedes hacer para evitar que se repita es no ir al baño en abso-

luto, no mientras estés en la escuela. No puedes entrar al de mujeres y si ahora tampoco al de hombres, entonces te aguantarás hasta que llegues a casa. Y para que no te den ganas, no tomarás agua. Y para que no te dé sed, no comerás nada. Te dirás que son ocho horas de clases, el mismo tiempo que pasas dormido, por lo que te convencerás de que puedes aguantarlo.

A partir del día siguiente, empezarás a regalar tu lonche y si no encuentras quién lo quiera, a tirarlo. No podrás volver con él a casa, tu mamá te preguntaría por qué no te lo has comido y no podrías mentirle por siempre. Al principio pasarás bien el hambre, pero tendrás problemas para aguantar la sed; sobrellevar las horas de calor sin consumir una gota de agua se irá tornando más y más difícil conforme avance el verano. Durante los recesos, preferirás quedarte dentro del salón aún si estás solo, porque Yadira te dejará para salir a besarse con su novio detrás de los árboles.

Las únicas ocasiones en las que no podrás evitarlo serán las clases de educación física. El maestro te hará correr, brincar, jugar básquet, siempre con el equipo de las niñas, aunque te rehúses. Al inicio te creará el pretexto de que estás enfermo, pero luego de dos sesiones te amenazará con reprobarte si no participas. Te animará a quitarte el suéter, pero insistirás en quedártelo a pesar de los treinta y ocho grados centígrados.

Cierta clase, los pondrá a dar vueltas a la cancha mientras él hace unas llamadas. Será tu tercera semana sin probar bocado en la escuela; orgulloso, pensarás que te has mantenido sin problemas hasta que, después de la cuarta vuelta, la vista se te empieza a nublar. Sentirás una presión en las sienes, las piernas se te volverán gelatina y perderás el

control de la respiración. No serás consciente del momento en el que te des contra el piso. Cuando vuelvas a abrir los ojos, tendrás un círculo de rostros observándote desde arriba con diversión y querrás desaparecer, evaporarte de alguna forma mágica. El profesor llegará, te hará algunas preguntas pero ignorará tus respuestas y sin consultarte, le hablará a la ambulancia.

Tu mamá llegará al hospital porque la habrán llamado de la escuela. Pedirá verse con la persona que atendió a su hija, luego se corregirá y dirá que a su hijo, luego sucumbirá ante la mirada del recepcionista y terminará por a referirse a su hija. Una doctora la llevará contigo, le hablará de malnutrición, de deshidratación, de golpe de calor y con cada palabra, tu madre te volteará a ver con el rostro atravesado por la confusión, consciente de que no puede comprender muchas cosas en ti. Para rematar, mencionará tu otro “problema” y tanto ella como tú se tensarán.

—Se le llama disforia —dirá la médico—, es muy común hoy en día. Pero no se preocupe, ya existen todo tipo de tratamientos.

Le pasará el contacto de un psiquiatra, te recetará un suero y les dará permiso para irse. Una vez dentro del auto, tu mamá se quedará con las manos en el volante mucho rato, sin girar la llave, sin saber a dónde ir ni qué hacer. No te regañará, no te cuestionará, no te preguntará nada, porque ni siquiera sabrá qué preguntarte. Tú tampoco dirás nada, porque no tendrás claro si hay algo que explicar. Pero sentirás lo que está por suceder: terminarán dirigiéndose a casa, tu madre tendrá que decirle todo a tu padre y él tomará la decisión sin escuchar uno solo de tus argumentos. Por la tarde marcarán al consultorio psiquiátrico y tendrás cita para el final de esa misma semana.

Cerrarás los ojos, la impotencia te oprimirá el pecho y te hará un nudo en la garganta. No notarás que tu madre los ha cerrado también. Por dentro, ambos dejarán caer lágrimas unísonas.

Dos.

No dirás nada, no planearás hacerlo. Solo te subirás el pantalón, los apartarás a empujones de tu camino y saldrás del baño con la vista clavada en el suelo. Pretenderás no comentar lo sucedido con nadie. Así es como has hecho las otras veces, así es como has aprendido a paliar los problemas con los mismos tres compañeros.

Te encontrarás con Yadira en el pasillo, la maestra de química la habrá mandado a buscarte porque tardabas demasiado. Al observar tu expresión, te preguntará si ha ocurrido algo. Considerarás decirle, pues Yadi es tu amiga —tal vez la única amiga que tienes en toda la secundaria— y puedes confiar en ella, así que lo haces.

Le relatarás lo que acaba de suceder en el baño de hombres, Yadi te escuchará con una mezcla de horror y preocupación en el rostro. Te abrazará cuando termines de hablar y te prometerá ayudarte a hacer justicia, ofreciéndose a ir contigo a la oficina del director en cuanto terminen las clases. Volverán al salón y tú sentirás confianza renovada, contento por haberte desplayado con tu amiga. No podrás prestar atención lo que resta del día porque empezarás a planear qué es lo que va a suceder cuando estés frente a la autoridad, qué vas a decir y cómo decirlo.

A la hora de la salida, sentirás sus miradas sobre ti otra vez. No voltearás a verlos, en su lugar buscarás a Yadi entre el lío de estudiantes que guardan sus libros, se despiden y se

dirigen al pórtico, pero no aparecerá por ningún lado. Sus amigas te dirán que se ha ido temprano porque el novio la ha invitado por una nieve. Ya sabes cómo es ella, pero la falta de sorpresa no evitará que te sientas decepcionado. En la noche te mandará un mensaje pidiéndote disculpas, acordarán plantarse en la oficina del director al siguiente día y decir lo que haya que decir, sin falta.

Sin embargo, en cuanto pises la escuela por la mañana, notarás de inmediato que algo habrá cambiado. Las miradas de todos los estudiantes estarán sobre ti, lo que no será normal pues sueles mantener un perfil bajo. Empezarán a cuchichear a tu alrededor, al principio de manera discreta y luego cada vez más alto, casi con irreverencia. De esa forma te enterarás de lo que están hablando y por qué de un momento para otro serás el centro de atención: se habrán enterado del incidente en el baño del día anterior.

Todo el rato sentirás ganas de vomitar. Encontrarás difícil soportar las miradas sobre ti, sobre tu rostro, tu cuerpo. Querrás esconderte en alguna parte y pasar ahí las clases que quedan, pero no sabrás dónde y los baños ya no serán opción. Yadira, tu única amiga, te rehuirá todo el día: con eso te dará a entender lo sucedido. Le habrá contado al novio, no con malas intenciones sino a manera de chisme, sobre tu encuentro con José, Cristian y Santiago. El novio lo habrá encontrado gracioso y les habrá platicado a sus amigos por la noche, que habrán platicado con otros amigos, que se habrán encargado de hacerlo saber a toda la escuela.

El asunto llegará a oídos de los profesores, que en algún momento del día le harán saber al director. Éste, sin embargo, no pronunciará una sola palabra. No esperarás otra cosa; desde la dirección ya te habían advertido que no

traer el uniforme de falda y seguir entrando a los baños para hombres te traería problemas. El resto de docentes también se quedará al margen, pues su poca familiaridad con temas que nadie les enseñó provocará que no sepan cómo abordarte ni con qué argumentos detener a los demás.

José, Cristian y Santiago considerarán este silencio como una luz verde. A partir de entonces te esperarán siempre en la salida, listos para hacerte señas fálicas cada que volteas. Convencerán a los demás de que eres un pervertido que entra a los dos baños para mirar de todo, te llamarán lesbiana y también gay, instarán a tus compañeros de clase a que se refieran a ti por el nombre que aparece en las listas de asistencia, no por el nombre con el que te presentas. Cada que puedan, se acercarán a levantarte el suéter, con el pretexto de querer comprobar lo que tengas bajo la camisa. Cuando te descuides, patearán tu mochila; cuando no mires, rayarán tu mesabanco; cuando les falten, se quedarán con tus materiales y para fin de mes, no contarás con nada. Nadie los detendrá. Todo lo que hará el resto será quedarse viendo cómo te enjaulan, entretenidos con el fenómeno de circo en el que te han convertido.

La maestra de química te enviará un reporte por incumplimiento. Le seguirá el profesor de matemáticas, la de español, el de historia... hablarán de ti en las juntas, de cómo eres el alumno más flojo y antipático con el que se han topado. Terminarás citado a la oficina del director por tus bajas calificaciones. Te hablará de responsabilidad, de disciplina, de amor por el aprendizaje y de más cualidades de las que, según él, careces. Amenazará con citar a tus padres, cosa con la que cederás y prometerás mejorar.

Pero saldrás del despacho sabiéndolo mentira. No mejorarás porque ni siquiera desearás estar ahí. No querrás ir un solo día más a la escuela, pero no sabrás cómo convencer a tus padres para que no te lleven, pues cada que les cuentas tus problemas, te regañarán por no saber defenderte y omitirán la razón por la que tendrías que defenderte en primer lugar. Sentirás que te has quedado solo: Yadira ya no te hablará, en tu salón nadie compartirá contigo, los profesores se harán de la vista gorda tanto como tus papás. Sentirás que estás solo en la casa, en la escuela, en el mundo.

Aquel día encontrarás el valor que te faltaba. Sacarás del fondo de tu mochila la bolsa repleta de antidepresivos que le habrás ido hurtando a tu mamá, semana por semana, para cuando el momento llegara. Te dirigirás al baño, te encerrarás en la misma caseta y con menos miedo del que pensabas que tendrías, te las tragarás todas de una sentada.

Tres.

Considerarás no decir nada, subirte el pantalón y salir del baño con la vista clavada en el suelo. No tendrías por qué comentar lo sucedido con nadie. Así es como has hecho las otras veces, así es como has aprendido a paliar los problemas con los mismos tres compañeros. Pero en el fondo, ese interruptor que la clase de Formación Cívica y Ética te hace mantener apagado se encenderá y te invadirá una ira que se alimentará del hartazgo, la frustración y la falta de opciones. La dejarás fluir, escucharás ese algo en tu interior que insiste en no hacer lo correcto. Te pondrás de pie y sin que te des tiempo para reflexionar, cerrarás tu puño y lo estamparás contra el tabique de José estando todavía en calzones.

Pararán de reír. Cristian y Santiago te mirarán con la boca abierta, después mirarán a José, a quien le empezará a salir sangre de la nariz. Por un momento pensarás que te responderá el golpe y tus músculos se contraerán, pero en lugar de eso te devolverá la mirada casi con una sonrisa. Sabrá que la has cagado. Sabrá que el solo hecho de tener sangre en la cara pondrá las cosas a su favor, sin importar qué lo haya provocado. Saldrá del baño gritando aquel nombre que no es tu nombre, llamando a todo mundo fuera para ver lo que le hiciste, con Cristian y Santiago pisándole los talones.

Te quedarás congelado frente al lavabo, tratando de entender lo que acaba de pasar y cómo es que tu cuerpo se ha movido sin que se lo pidieras. Seguirás viéndote al espejo hasta que, unos minutos después, llegue el prefecto y te encuentre con el pantalón abajo. Te pedirá que te arregles la ropa y que lo sigas hasta la oficina del director. Se encontrarán con Yadira en el pasillo, la maestra de química la habrá mandado a buscarte porque tardabas demasiado. Observará cómo sigues los pasos del prefecto sin entender lo que sucede, pero como Yadi es tu amiga —tal vez la única amiga que tienes en toda la secundaria— percibirás que te desea suerte en silencio.

En la oficina ya estará esperando José, con un tapón en la nariz y una mueca de falso dolor. Decidirás dejarlo contar su versión de la historia, acerca de cómo él se alarmó al verte en el baño de niños y te pidió que salieras, no quisiste hacerlo, te advirtió que iría a buscar a algún profesor para que te sacara y tú respondiste golpeándolo. Asentirás ante todo; predecirás que no tiene caso que los inculpes de ninguna otra cosa, porque, después de todo, será verdad que entraste a aquel baño y que, en efecto, le has pegado.

El director te presionará para que pidas disculpas, pero te resistirás. Después de ver que no estás dispuesto a abrir la boca, dejará ir a José y se quedará a solas contigo. No te dirigirá otra palabra, en su lugar llamará a tu mamá y la citará de manera urgente.

Tu madre llegará pensando que te han hecho algo. La sonrisa, producto de verte entero y sin ningún rasguño, se borrará de su rostro al escuchar que has lastimado a alguien más. El director le hablará de bajo rendimiento, de indisciplina, de agresividad y con cada palabra, tu madre te volteará a ver con el rostro atravesado por la confusión, consciente de que no puede comprender muchas cosas en ti. Para rematar, mencionará tu otro “problema” y tanto ella como tú se tensarán.

—Se le llama perversión —dirá el directivo—, o ideología de género. Lamentablemente es muy común hoy en día. Causa que los jóvenes creen cosas que no son. Esto pasa cuando dejamos que nuestros hijos utilicen sin control las redes sociales.

A tu madre, que verá cuestionada su forma de educarte, le aparecerá una chispa en los ojos.

—¿Está diciendo que esto se debe a que no sé controlar a mi hijo?

—Pues si me lo pregunta, yo no veo que su hija —hará énfasis en esta última palabra—, cumpla con ninguna regla de esta escuela. Nunca trae el uniforme que le corresponde, se forma en la fila de los niños, se mete al baño de los hombres sin permiso...

—¿Y por qué no puede traer el uniforme o entrar al baño que quiera? ¿En qué les afecta? —cuestionará tu madre con nueva valentía.

—Porque las reglas son las reglas, y el reglamento dice que las niñas...

—No soy una niña —lo interrumpirás.

—Dice que las niñas están obligadas a traer falda y llevar su pelo largo —el director te ignorará y seguirá adelante—. Ahora, lo del cabello lo podemos perdonar porque, pues, las modas...

—Pero no entiendo por qué no la pueden tratar como ella... como él quiere —notarás que a tu madre le cuesta todavía, pero seguirá intentando—. Si el problema es por tener a un varón más en la matrícula...

—La niña está inscrita como niña —zanjará el director—. Y hasta que usted no me traiga un acta de nacimiento donde diga lo contrario, aquí se le seguirá tratando como lo que es.

Tu madre no necesitará escuchar más. Detendrá la discusión ahí, le pedirá que eliminen tu expediente y le dirá que no te presentarás más a la escuela, que puede quedarse tranquilo. El hombre, que de inmediato gestionará lo que le piden, no intentará retenerte, pues le representarás un problema menos. Atravesarás el pórtico por última vez, aturdido por la velocidad con la que habrán ocurrido las cosas, pero sin mirar atrás porque en realidad no extrañarás a nadie, ni siquiera a Yadi.

Una vez dentro del auto, tu mamá se quedará con las manos en el volante mucho rato, sin girar la llave, sin saber a dónde ir ni qué hacer. No te regañará, no te cuestionará, no te preguntará nada, pero comprenderá muchas cosas sobre ti que nunca has sido capaz de explicarle con éxito. Tú tampoco dirás nada; una calidez que no habías experimentado antes ocupará tu pensamiento.

No imaginarás lo que sucederá después: terminarán dirigiéndose a casa, tu madre tendrá que decirle todo a tu padre. Te castigarán un mes por haberle pegado a un compañero y, sin otra opción, decidirán cambiarte de escuela. La semana siguiente comenzará tu vida en otro colegio, nadie te conocerá, nadie tendrá ninguna idea sobre ti y tú podrás presentarte con tu nombre sin problemas. A la directora no le importará el uniforme que llesves, al baño que entres ni lo que diga tu acta de nacimiento.

Nadie pensará que estás confundido porque eres adolescente ni que eres pervertido por vestirte como te gusta. Tendrás amistades, no solo la compañía de una persona que te dejaba por irse a besar con su novio detrás de los árboles. No habrá un José, un Cristian, un Santiago; alguno que otro compañero te molestará, pero cuando suceda, los maestros le pondrán un alto. Hablarán de ti en las juntas, de cómo rindes, de cómo mejoras. Desecharás las ideas que te perseguían todos los días, bajitas, discretas, con las que vivías como música de fondo, y por fin te creerás que no hay nada de malo contigo.

Ese día, de vuelta en el auto, encenderán el motor y saldrán del estacionamiento de la escuela. Mirarás el paisaje correr por la ventana, tu madre tendrá la vista fija en el camino. Sin darse cuenta, ambos dejarán escapar una sonrisa.

Sus gritos son tan fuertes que te ensordecen. Te sueltan los brazos y los pies se te enredan con el dobladillo del uniforme, caes al suelo de nalgas y se ríen todavía más duro. Miran desde arriba tus piernas desnudas y señalan tu calzón como si fuera el descubrimiento más ridículo del planeta. Percibes cómo tu cara se enrojece y la vista se te nubla por

las lágrimas, mientras ellos siguen empujándose, golpeándose, gimiendo como animales, pagándose las apuestas. Pero no vas a llorar. No ahí, no les darás esa victoria. Te pones de pie y en el solo microsegundo que dura un pensamiento, confrontas una decisión que fragmenta tu mundo en tres posibilidades.

Ni siquiera lo dudas.

Índice

Fantasma	11
Polvo	19
Buzón	23
Nosotros	29
Magia	33
Habitación	43
Espinas	55
Inevitable	61
Enigma	71
Alex	87

Inevitable es una compilación de diez voces, no siempre humanas, que retratan la dificultad de encontrar un final feliz cuando hay que lidiar con tantas dimensiones de la realidad. Los personajes, objetos y paisajes hacen coincidir sus historias a través de la incomodidad que genera sentir demasiado; a través del amor y el miedo en sus distintas expresiones, algunas veces implícitos, otras veces llevados a sus últimas consecuencias. El conjunto de relatos, como un todo y también por separado, pretende mostrar cómo las propias decisiones son las que generan aquello que se piensa inevitable.

ISBN: 978-607-8661-31-2



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Cultura de Baja California